

c u e n t o s
N A T
U R A
L E S



CARLOS FUENTE

Lectulandia

Desde su primera obra publicada, el volumen de relatos *Los días enmascarados* (1954), quedó claro que el autor es uno de los maestros contemporáneos del arte de escribir cuentos, y la publicación de *Cantar de ciegos*, *La frontera de cristal* y *Todas las familias felices* no ha hecho sino refrendar y aumentar ese reconocimiento. Este volumen incluye los siguientes cuentos, originalmente publicados en los volúmenes citados, salvo el último, publicado en *Cuerpos y ofrendas*: «Vieja moralidad», «Las dos Elenas», «Un alma pura», «Malintzin de las maquilas», «La sierva del padre», «La línea de la vida»

Lectulandia

Carlos Fuentes

Cuentos naturales

ePub r1.0

Titivillus 27.09.16

Título original: *Cuentos naturales*
Carlos Fuentes, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Vieja moralidad

A Carlos Velo

—¡Zopilotes negros! ¡Cuervos devoradores! ¡Fuera de mi vista! ¿Quieren que las plantas se sequen? ¡Tomen el otro camino, el que da la vuelta por la casa de doña Casilda, que al fin esa vieja beata se hincará cuando pasen! ¡Respeten la casa de un republicano juarista! ¿Cuándo me han visto entrar a su templo de tinieblas, buitres? ¡No les he pedido ninguna visita! ¡Fuera, fuera!

Mi abuelo agita su bastón, apoyado contra la barda del huerto. Seguro que nació con ese bastón. Creo que hasta en la cama duerme con él para no perderlo. El puño del bastón es igualito al abuelo, nada más que el puño es un león melenudo con los ojos muy estirados, como si estuviera viendo muchas cosas al mismo tiempo y el abuelo, pues, sí, también es un viejo melenudo con unos ojos amarillos que se le estiran hasta las orejas cuando ve venir la fila de curas y seminaristas que tienen que pasar al lado del huerto para ir más rápido a la iglesia. El seminario está un poco fuera de Morelia y mi abuelo jura que lo construyeron sobre el camino de nuestro rancho sólo para fastidiarlo. No es la palabra que él usa. Las tías dicen que las palabras que usa el abuelo son muy inmorales y que yo no debo repetirlas. Lo raro es que los curas siempre han de pasar por aquí, como si les gustara oír lo que grita, en vez de tomar el rodeo por el rancho de doña Casilda. Una vez lo hicieron, y ella se hincó para que le echaran la bendición y luego les convidó su chocolatito. No sé por qué prefieren pasar por aquí.

—¡Un día de éstos me los fastidio, curas de miércoles! ¡Un día les echo los perros encima!

La verdad es que los perros del abuelo ladran mucho dentro del rancho, pero en cuanto pasan la barda son bien mansitos. Cuando los curas bajan la loma en fila y empiezan a persignarse, los tres pastores ladran y aúllan como si se anduviera acercando el demonio. Les ha de extrañar que tantos hombres vengan vestidos con faldas y tan bien rasurados, ellos que ya se acostumbraron a las barbotas del abuelo, que nunca se las peina y a veces se me hace que hasta se las revuelve más, sobre todo cuando las tías nos visitan. La cosa es que los perros se vuelven mansitos al salir al camino y les lamen los zapatos y las manos a los curas y entonces los curas miran de lado y con una sonrisita a mi abuelo, que golpea la barda con su bastón, lleno de

coraje, y se le traban las palabras. Aunque la verdad no sé si lo que están mirando los curas es otra cosa. Porque el abuelo siempre espera el paso de los señores con faldas bien abrazado a la cintura de la Micaela, y la Micaela, que es mucho más joven que él, se aprieta contra el abuelo y se desabotona la blusa y se ríe mientras come un plátano dominico y luego otro y luego otro más y los ojos le brillan igual que los dientes cuando pasan los curas.

—¿No les da muina mi hembra, sanguijuelas? —grita el abuelo y aprieta más a la Micaela—. ¿Quieren que les cuente dónde está el reino eterno?

Lanza una carcajada y le levanta las faldas a la Micaela y los curas se ponen a trotar como conejitos asustados, de esos que a veces bajan de los bosques cerca del huerto y esperan a que yo les aviente zanahorias. El abuelo y la Micaela se ríen mucho y yo me río igual que ellos y tomo la mano de mi abuelo que llora de risa y digo:

—Mira, mira, saltan como conejitos. Ahora sí los asustaste. Puede que ya no vuelvan más.

El abuelo aprieta mi mano con la suya llena de nervios azules y callos amarillos, como los troncos de madera guardados en la covacha al fondo del huerto. Los perros regresan a la casa y empiezan a ladrar otra vez. Y la Micaela se abotona la blusa y le acaricia la barba al abuelo.

Pero casi siempre las cosas son más tranquilas. Aquí todos trabajamos a gusto, las tías dicen que es una inmoralidad que un muchacho de trece años trabaje en vez de ir a la escuela, pero yo no entiendo qué quieren decir. A mí me gusta levantarme temprano y correr a la recámara grande, donde la Micaela se está haciendo las trenzas mientras se mira al espejo, con las horquillas en la boca, y el abuelo todavía gruñe en la cama; seguro, si se acuesta con las lechuzas y no duerme más de cuatro horas, jugando al conquián con sus amigos hasta las dos de la mañana. Por eso a las seis, cuando yo entro a la recámara toda retacada de muebles, de mecedoras con almohaditas para la cabeza, de roperos enormes con espejos en los que uno se ve enterito, me trepo a la cama riendo. El abuelo se hace el dormido un rato y cree que yo no me doy cuenta. Yo le sigo el juego y de repente él lanza un gruñido de león que hasta el cristal del candelero tiembla y yo me hago el asustado y me escondo entre esas sábanas llenas de olores que no se dan en ninguna otra parte. Sí, a veces la Micaela dice: «Tú no eres un niño, eres un perro igual que esos, que de seguro no ven nada pero nomás se dejan llevar por lo que huelen». Lo ha de decir en serio porque de veras que entro a la cocina con los ojos cerrados y me voy derecho al jocoque, a los tarros de miel, a las quesadillas de flor, a las bateas de nata y a los mangos en dulce que la Micaela está preparando. Y sin abrir los ojos meto los dedos en la cazuela y acerco los labios al chiquihuite donde ella va amontonando las tortillas calientes. «Hombre, abuelo —le dije un día—, si me diera la gana iría a todos lados oliendo nomás, sin perderme, te lo juro.» Afuera es fácil. No acaba de salir el sol y los hombres ya están en el aserradero y es el olor de ocote fresco lo que

me lleva hasta allá, al cobertizo donde los trabajadores colocan en montones los troncos y las ramas y luego van sacando las tablas del grueso y del ancho que quieren con los serruchos. Todos me saludan y me piden: «Alberto, danos una mano», porque saben que eso me enorgullece mucho y saben que yo sé que ellos saben. Hay montañas de aserrín por todas partes y un olor como si el verdadero bosque estuviera aquí, pues la madera no huele igual ni antes ni después, ni cuando es árbol ni cuando es mueble o puerta o viga en las casas. Una vez hablaron mal del abuelo en el periódico de Morelia, lo llamaron «rapamontes» y el abuelo bajó a Morelia armado con su bastón y le rajó el coco al periodista y después tuvo que pagar daños y perjuicios: así dijo el mismo periódico. El abuelo es un tipo vaciado, ni hablar. Pero quién lo viera tan encabronado con los curas y los periodistas y luego tan mansito en el invernadero que está detrás de la casa. No, no tiene plantas allí, sino pájaros. Sí, es un gran coleccionista de pájaros y yo creo que me quiere tanto porque le heredé el gusto y me paso la tarde observándolos y llevándoles alpiste y agua y al fin poniéndoles sus fundas encima cuando se duermen al meterse el sol.

Esto de los pájaros es cosa seria y el abuelo dice que hay que estudiar mucho para cuidarlos bien. Y tiene razón. Éstos no son unos gorriones cualquiera. Me he pasado horas leyendo las tarjetas que hay en cada jaula para explicar de dónde vienen y por qué son tan raros. Hay dos faisanes: el macho tiene todo el plumaje y también es el más vanidoso, mientras que la hembra es toda escurrida y sin colores. Y la cacatúa amazónica, muy blanca con sus ojeras azules y pálidas, como si estuviera desvelada. Y el pájaro australiano, que es rojo, verde, morado y amarillo. Y el pájaro en llamas, negro y naranja. Y la viuda real con su larga cola de cuatro puntas que le sale una vez al año, cuando busca marido, y luego la pierde. Y el faisán plateado de China, color de espejo, con la cara roja. Y sobre todo las urracas que se van sobre lo que brilla y lo esconden muy bien. Ya sé que me gusta entretenerme todas las tardes mirando a los pájaros más bonitos, pero luego llega el abuelo y me dice:

—Todos los pájaros saben quiénes son los demás, quiénes son sus amigos y cómo ocuparse jugando. Eso es todo.

Después cenamos los tres en la mesa larga y medio amolada que según el viejo es lo único clerical que acepta en su casa, pues viene de un convento.

—Y no me duele —dice mientras la Micaela nos sirve unos chiles rellenos de frijol y queso derretido— que una mesa de refectorio haya venido a dar a casa de un liberal. El señor Juárez convirtió las iglesias en bibliotecas y la mejor prueba de que este pobre país va de mal en peor es que ahora han sacado los libros para meter otra vez las pilas de agua bendita. Ojalá que las mochas de tus tías por lo menos se laven las lagañas cada vez que van a misa.

—Pues se han de lavar rete seguido —ríe la Micaela cuando le pasa la jarra de pulque al abuelo— porque esas beatas no salen nunca de la sacristía. Huelen a puro trapo viejo y orinado.

El abuelo le abraza la cintura y todos reímos mucho y yo dibujo en mi cuaderno a las tres tías hermanas de mi difunta madre, como si fueran los pájaros más narigudos y metiches de la colección. Entonces todos volvemos a carcajearnos hasta que nos duelen las costillas y se nos salen las lágrimas y la cara del abuelo parece un jitomate y luego llegan los amigos a jugar al conquián y yo subo a dormir y al día siguiente entro temprano a la recámara donde duermen el abuelo y la Micaela y vuelven a pasar un poco las mismas cosas y todos contentos.

Pero hoy, desde el aserradero, oigo a los perros ladrar y me imagino que ahí van de paso los curas y no quiero perderme las palabrotas del abuelo, que son como chirimoyas aplastadas, pero se me hace raro que los curas pasen tan temprano y luego oigo el claxon y ya sé que han llegado las tías, a las que no veo desde la Navidad, cuando por fuerza me llevaron a Morelia y me aburrí como un ostión solitario mientras una de ellas tocaba el piano y otra cantaba y la de más allá le daba copitas de rompopé al obispo. Decido hacerme el disimulado pero al rato me da curiosidad ver ese automóvil del año de la cachimba y salgo como quien no quiere la cosa, chiflando y pateando la viruta y los alcornos. Todos han entrado. Pero frente a la reja está esa maquinota con un toldo lleno de flecos y asientos de terciopelo con cojines bordados a mano. INRI, SJ, ACJM. Averiguaré con el abuelo qué quieren decir esas letras bordadas. Luego. Ahora seguro que el viejo se las está refrescando a su gusto y para no apenarlo entro de puntitas a la casa y me escondo entre las macetotas y las plantas desde donde puedo verlos a todos sin que ellos me vean a mí.

El abuelo está de pie, apoyado con las dos manos sobre el puño del bastón y con un puro entre los dientes que echa humo como el expreso a Ciudad Juárez. La Micaela está con los brazos cruzados, riéndose, en la puerta de la cocina. Las tías están sentadas muy tiesas sobre el mismo sofá de mimbre. Las tres usan sus sombreros negros y sus guantes blancos y se sientan con las rodillas muy juntas. Dicen que dos son casadas y la de en medio soltera, pero no hay cómo averiguarlo, porque la tía Milagros Tejeda de Ruiz sólo es distinta en que un párpado se le frunce todo el tiempo como si tuviera una ceniza en el ojo y la tía Angustias Tejeda de Otero sólo es ella misma porque parece que usa una peluca que a cada rato se le ladea y la tía Benedicta Tejeda, la señorita, sólo se ve un poco más joven y a todas horas se pasa un pañuelo de encajes negros por la punta de la nariz. Pero fuera de eso, las tres son muy delgadas, muy blancas —casi amarillas—, con narices muy afiladas y se visten igual: con trajes de luto toda la vida.

—¡La madre era una Tejeda, pero el padre era un Santana, como yo, y eso me da todos los derechos a mí! —grita el abuelo y arroja humo por la nariz.

—Lo decente le viene de lo Tejeda, don Agustín —dice doña Milagros con ese ojo de farolito—. No lo olvide usted.

—¡Lo decente le viene de mis tompiates! —vuelve a gritar el abuelo y se sirve un vaso de cerveza y les gruñe a las tías que se han tapado los oídos al mismo tiempo—.

Para qué les voy a explicar nada a ustedes, cacatúas. La saliva me sirve para cosas mejores.

—Mujeres —chilla doña Angustias al arreglarse la peluca—. Esa prostituta con la que usted vive amancebado. —Alcohol —murmura la señorita Benedicta con la mirada baja—. No nos sorprendería que el niño haya aprendido a emborracharse. —Explotación —grita doña Milagros, rascándose los cachetes—. Lo hace usted trabajar como un peón de raya. —Ignorancia —guiña sus ojitos doña Angustias—. Nunca ha puesto pie en una escuela cristiana. —Pecado —la señorita Benedicta une las manos—. Ya cumplió los trece y aún no recibe la hostia y jamás va a misa. —Irreverencia —doña Milagros alarga un dedo señalando al abuelo—. Irreverencia hacia la Santa Madre Iglesia y sus ministros a los que usted agrade soezmente todos los días. —¡Blasfemo! —la señorita Benedicta se seca los ojos con el pañuelo negro—. ¡Hereje! —doña Angustias agita la cabeza y la peluca le cae sobre las cejas—. ¡Amancebado! —doña Milagros ya no puede con la temblorina del párpado.

—¡Adiós, mamá Carlota! —canta la Micaela y espolvorea su trapo de cocina.

—¡Adiós el mocho y el traidor! —truenan el abuelo con el bastón en alto: las tías se toman de las manos y cierran los ojos—. Para visita familiar, ya duró mucho. Regresen a su carcacha y a sus rosarios y a sus inciensos y díganles a sus maridos que no se escondan detrás de las faldas, porque Agustín Santana de seráfico sólo tiene el apellido y aquí los espera para cuando de veras quieran llevarse al muchacho. Buenos días les dé Dios, señoras, porque sólo su misericordia puede hacer ese milagro. ¡Arre!

Pero si el abuelo levanta el bastón, doña Angustias muestra un papelote:

—No nos espanta usted. Lea bien esta disposición del juzgado de menores. Es un acta civil, don Agustín. El muchacho no puede vivir más en este ambiente de inmoralidad descarada. Vendrán esta tarde dos gendarmes y lo llevarán a casa de nuestra hermana Benedicta, para cuya soltería será un goce criar a Alberto como un caballerito decente y cristiano. Vámonos, hermanitas.

La casa de la tía Benedicta está en el centro de Morelia y desde los balcones se ve una placita con bancas de fierro y muchas flores amarillas. Al lado hay una iglesia y la casa es vieja, igual a todas las casas grandes de la ciudad. Hay un zaguán y un patio y los criados viven abajo y allí está también la cocina, donde dos mujeres abanicaban todo el día las estufas de carbón. Arriba están las salas y los cuartos, que dan todos sobre el patio pelón. Ni hablar: la tía Milagros dijo que había que quemar toda mi ropa vieja (mis overoles, mis botas, mis sudaderas) y vestirme como ando ahora todo el tiempo, con un traje azul y una camisa blanca y tiesa de marica. Me han puesto a un viejo medio menso de profesor para que me enseñe a hablar gabacho antes de que empiecen las clases después de las vacaciones y se me está haciendo un hocico de marrano de tanto pronunciar la «u» como quiere el maestro. Seguro, tengo que ir todas las mañanas con la tía Benedicta a la iglesia y sentarme

en las bancas duras, pero por lo menos eso es distinto y hasta me divierte. La tía y yo comemos solos casi todo el tiempo, aunque a veces vienen las otras tías con sus maridos, que me acarician el copete y dicen «pobrecito». Y luego me paseo solo por el patio o me meto a la recámara que me han dado. La cama es enorme y tiene un mosquitero. Hay una cruz en la cabecera y un bañito al lado. Y me aburro tanto que espero con ansias las horas de comer, que son las menos latosas, y desde media hora antes de la comida empiezo a rondar la puerta del comedor, visito a las dos mujeres que abanican los braseros, averiguo qué preparan y vuelvo a montar guardia junto a la puerta, hasta que una de las criadas entra a poner los platos y los cubiertos en los dos lugares y luego la tía Benedicta sale de su cuarto, me toma de la mano y entramos al comedor.

Dicen que la tía Benedicta no se ha casado porque es muy exigente y ningún hombre le cuadra; y que es muy vieja, que ya tiene treinta y cuatro años. Mientras comemos, la miro para averiguar si se le nota que es veinte años más vieja que yo y ella sigue sorbiendo la sopa sin mirarme ni hablarme. Nunca me habla, pero como además nos sentamos tan lejos en la mesa, ni a gritos nos entenderíamos. Trato de compararla con la Micaela, que es la única mujer con la que he vivido antes, pues mi madre murió cuando yo nací y mi padre cuatro años después y desde entonces vivo con el abuelo y la arrejuntada, como le dicen las tías.

Lo que pasa con la señorita Benedicta es que de plano nunca se ríe. Y sólo habla para decir cosas que ya sé o darme órdenes cuando yo ya me adelanté y estoy haciendo las cosas que ella quiere sin necesidad de que me las diga. Abusado. No sé si las comidas son o se me hacen largas pero trato de entretenerme de varias maneras. Una es ponerle la careta de la Micaela a la tía y esto es muy chistoso, porque me imagino las carcajadas y la cabeza echada para atrás y los ojos que siempre están preguntando si la cosa va en serio o es guasa —así es Micaela— saliendo de ese cuello bien abotonado y del vestido negro. Otra es hablarle en mi idioma de mi invención para pedirle que me pase el café:

—Óyeye titía, semapapa el feca.

La tía suspira y no ha de ser tan mensa, porque hace lo que le pido y sólo me da una clase de educación:

—Se dice por favor, Alberto.

Pero como iba explicando, en lo demás me la traigo corta, porque cuando llega muy seria a tocar en mi puerta para regañarme porque todavía no me levanto, yo le contesto desde el patio, muy bañado y muy catrín y entonces ella se esconde el coraje y me dice, todavía más seria, que es hora de ir a la iglesia y yo sonrío y le muestro el misal y ella ya no sabe qué decir.

Por fin me pescó un día, como al mes de vivir con ella, y todo por el cura chismoso. Me están preparando para la primera comunión y todos los niños que toman el catecismo se ríen de que un grandulón no sepa ni jota de que quién es el espíritu santo. Además, se ríen nomás porque soy el grandulón. Ayer me tocó al fin la

platicada a solas con el cura para prepararme para la confesión. Habló mucho del pecado y de que yo no tenía la culpa de no saber nada de la religión y de haber crecido en un ambiente muy inmoral. Me pidió que no tuviera pena y le contara todo porque nunca había tenido que preparar a un muchacho tan lleno de pecados como yo, para quien la perversidad era cosa de todos los días y ya ni siquiera podía distinguir entre el bien y el mal. Yo nomás me exprimía el coco pensando en cuáles serían mis pecados tan feos y como los dos estábamos ahí, en la iglesia vacía, mirándonos las caras sin saber qué decir, me puse a recordar las películas que he visto y empecé a echar de mi ronco pecho: que si asalté un rancho y me llevé todo el dinero y además las gallinas, que si agarré a chicotazos a un pobre viejo ciego, que si le metí un puñal por la espalda a un policía, que si encueré a la fuerza a una muchacha y luego le mordía la cara. El cura levantó los brazos y se persignó y dijo que todas las cosas que sabía del abuelo eran pocas y salió corriendo como si yo fuera la piel de Judas que dicen.

Ahora sí la tía entró hecha una furia a mi recámara antes de que yo despertara. Hasta creí que la casa se estaba quemando. Abrió de par en par las puertas y gritó mi nombre. Yo me desperté y la vi ahí con los brazos abiertos. Luego vino a sentarse en la cama junto a mí y me dijo que me había burlado del señor cura y que lo peor no era eso. Había dicho todas esas mentiras para esconder mis verdaderos pecados. Yo nomás la miraba como si estuviera medio desnivelada de la azotea.

—¿Por qué no admites la verdad? —dijo y me tomó la mano.

—¿Qué cosa, tía? Palabra que no entiendo.

Entonces ella me acarició la cabeza y me apretó la mano:

—Que has visto a tu abuelo y a esa mujer en actitudes inconvenientes.

Seguro que mi cara de bobo no la convenció, pero juro que no entendí qué quiso decir y menos cuando siguió hablando con la voz medio atragantada, entre que lloraba y gritaba:

—Juntos. En pecado. Haciendo el amor. En la cama.

Así sí.

—Pues claro. Duermen juntos. El abuelo dice que un hombre nunca debe dormir solo o se seca, y una mujer lo mismo.

La tía me tapó la boca con los dedos. Nada más que se quedó así mucho tiempo y yo ya me andaba sofocando. Me miró rarísimo y luego se levantó y se fue muy despacio, sin decir nada, y yo me volví a dormir pero ella no regresó a levantarme para que fuéramos a misa. Me dejó en paz y yo me quedé acostado toda la mañana hasta la hora de la comida, mirando al techo sin pensar nada.

Hay muchas lagartijas en el patio. Ya sé que cuando uno las mira se ponen del color de la piedra o del árbol para disfrazarse. Pero yo les conozco el truco y no se me escapan. Hoy he pasado una hora siguiéndolas, riéndome de ellas porque creen que no sé fijarme en sus ojos negros como alfileres pintados. Todo el chiste es no perder de vista los ojos, porque eso no lo pueden disfrazar y como los abren y los

cierran todo el tiempo, es como una señal que se apaga y se enciende en el cruce de vías y así sigo a una y luego a otra y cuando quiero —como ahora— les echo mano y las siento palpar en mi puño, todas lisas por abajo y arrugadas por arriba y pequeñas pero con su propia vida, igual que uno. Si supieran que no les voy a hacer daño, no les latiría tanto el buche, pero así son las cosas. Ni modo que entiendan. Lo que a ellas les da miedo a mí me da gusto. La tengo bien capturada en la mano y la tía me está mirando desde el corredor de arriba, sin entender qué cosa hago. Subo corriendo las escaleras y llego hasta ella sin aire. Me pregunta qué andaba haciendo. Me pongo muy serio para que no se las huela. Ella se está abanicando en la sombra, pues hace mucho calor. Le acerco el puño cerrado y ella trata de sonreír; se ve que le cuesta. Abre la mano para tomar la mía y yo le pongo la lagartija sobre la palma y le obligo a doblar los dedos. Y ella no grita ni se asusta, como creí. No empieza a regañarme ni tira la lagartija. Sólo cierra más el puño y también los ojos y parece que quiere hablar y no puede y le tiembla la nariz y me mira como nadie me ha mirado nunca, como si quisiera llorar y le diera gusto. Y yo le digo que la pobre lagartija se va a sofocar y la señorita Benedicta se agacha hasta el piso y no quiere soltarla y al fin separa los dedos y la deja irse corriendo por las baldosas y luego treparse por la pared y desaparecer. Y entonces le cambia la cara a mi tía y se le tuerce la boca y veo que está enojada pero sin estarlo de veras. Yo sonrío con la cabeza metida en los hombros y me hago el disimulado y salgo corriendo de regreso al patio.

Me paso la tarde metido en el cuarto sin hacer nada. Me siento cansado y como con sueño pues se me está viniendo encima un catarrazo. Ha de ser la falta de sol y de aire libre en esta casa oscura. Empieza a darme muina todo. Empieza a hacerme falta el aserradero, igual que los dulces de la Micaela, los pájaros del abuelo, el relajo cuando pasan los curas y las risas a la hora de la cena y la entrada a la recámara todas las mañanas. Se me figura que hasta ahora la vida aquí en Morelia ha sido como una vacación pero llevo más de un mes metido aquí y ya me cansé.

Salgo del cuarto para cenar un poco tarde y la tía ya está sentada en la cabecera con su pañuelo negro en la mano y yo tomo mi lugar pero ella no me regaña por llegar tarde —y eso que lo hice a propósito—. Al contrario. Parece que tiene ganas de sonreír y ser amable. Nomás que yo tengo ganas de hacer un coraje y regresar al rancho.

—Te tengo una sorpresa.

Me ofrece un plato cubierto por otro y yo lo destapo. Son puras natas.

—La cocinera me dijo que te gustaban mucho.

—Gracias, tía —le digo muy serio.

Comemos en silencio y por fin a la hora del café con leche le digo que ya me aburrí de vivir en Morelia y que ojalá me dejara regresar con el abuelo, que es donde vivo a gusto.

—Ingrato —dice la tía y se seca los labios con su pañuelo. Yo no le contesto. Ella

repite—: Ingrato.

Y ahora sí se levanta y viene hacia mí repitiendo eso y me toma la mano y yo sigo sentado muy serio y ella me pega con esa mano larga y huesuda en la cara y yo me aguanto las lágrimas y me vuelve a pegar y de repente se detiene y me toca la frente y abre los ojos y dice que tengo fiebre.

Ha de ser una fiebre de las feas, porque se me van las fuerzas y siento las rodillas guangas. La tía me lleva a la recámara y dice que debo desvestirme mientras ella busca al doctor. Pero en realidad se voltea mientras yo me quito el traje azul y la camisa blanca y los calzoncillos y me meto a la cama tiritando.

—¿No usas piyama?

—No, tía; siempre duermo en pura camiseta.

—¡Tienes fiebre!

Sale del cuarto con esos gestos de loca y yo me quedo temblando y trato de dormirme y digo que la fiebre es fea por decir algo; la verdad es que me duermo muy pronto y todos los pájaros del abuelo salen volando juntos, armando un jaleo padre pues al fin son libres: el cielo azul se llena de relámpagos naranja, rojo, verde, pero todo eso dura muy poco; los pájaros se asustan y como que quieren regresar a las jaulas; ahora hay relámpagos de verdad y los pájaros se quedan fríos y tiesos en la noche, sin poder volar más, y se van volviendo negros, pierden sus plumajes, dejan de cantar y cuando pasa la tormenta y amanece, resulta que son la fila de seminaristas con sus sotanas que van rumbo a la iglesia y el doctor me toma el pulso y la tía Benedicta se ve muy acongojada y el doctor se va entre sueños y la tía dice:

—Anda. Ponte de espaldas. Tengo que untarte este linimento.

Siento las manos heladas sobre mi piel caliente. El abuelo agita el bastón y les grita palabrotas a los curas. El linimento huele muy fuerte. Les suelta los perros a los curas. A eucalipto y alcanfor. Los perros nomás ladran asustados. Me friega muy duro y la espalda me empieza a arder. El abuelo grita pero sus labios se mueven en silencio. Ahora me frota el pecho y el olor me llega más fuerte. Los perros ladran pero tampoco hacen ruido. Estoy bañado en sudor y en linimento y todo me arde y me quiero dormir pero sé que ya estoy dormido al mismo tiempo que lo deseo. La mano fría me frota los hombros y las costillas y los sobacos. Y los perros salen sueltos, furiosos, a clavarle los colmillos a los seminaristas que de noche se vuelven pájaros. Y el estómago me arde igual que el pecho y la espalda y la tía frota y frota para curarme. Los seminaristas pelan los dientes y ríen y abren los brazos y se van volando como zopilotes, muertos de la risa. Y yo río de contento con ellos, la enfermedad me llena de alegría y no quiero que ella deje de curarme, le pido que me cure más, tomo sus manos, la fiebre y el linimento me arden en los muslos y los perros corren por los campos aullando como coyotes.

Cuando desperté habían pasado una noche y una mañana y ya se estaba poniendo el sol. Lo primero que vi fueron las sombras del patio a través de los visillos de la puerta. Y luego me di cuenta de que ella estaba sentada junto a la

cabecera y me pedía que comiera un poco y me acercaba la cuchara a los labios. Probé la avena y luego miré a mi tía con su pelo caído sobre los hombros y una sonrisa como si me agradeciera algo. Dejé que me diera la avena como si yo fuera un niño, a cucharadas, y le dije que me sentía mejor y que le daba las gracias por haberme curado. Ella se puso colorada y luego dijo que al fin me enteraba de que en esta casa también me querían.

Me estuve como diez días en cama. Primero leía un montón de novelas de Alejandro Dumas y desde entonces se me ha quedado que las novelas van con la bronquitis como la lluvia con los sembrados. Pero lo curioso es que la tía salió a comprarlas como quien va a robar y luego las trajo escondidas y yo nomás me encogí de hombros y me lancé a leer como maquinita esa historia divina del tipo que sale de la cárcel haciéndose el muerto y lo tiran al mar y luego va a dar a la isla de Montecristo. Pero nunca había leído tanto y me cansé y me aburrí y me quedé pensando y mirando el paso de las horas con las luces y sombras que iban y venían por las paredes de mi cuarto. Y quien me hubiera visto habría dicho que estaba muy tranquilito, pero por dentro me estaban pasando cosas que no entendía. Y todo era que ya no estaba tan seguro como antes. Antes me hubieran dado a escoger entre regresar al rancho y quedarme aquí, y para luego es tarde: habría salido a todo galope a reunirme con el abuelo. Y ahora no sabía. No podía decidirme. Y la pregunta volvía, por más que trataba de esconderla o de distraerme pensando en otras cosas. Seguro, si alguien me hubiera preguntado, ya sé lo que habría contestado y ahí voy de regreso al rancho. Pero dentro de mí no; me daba cuenta de eso y de que era la primera vez que me pasaba una cosa así: que lo que pensaba por fuera era distinto de lo que pensaba por dentro.

No sé qué tenía que ver con todo esto la tía. Me dije que nada. Ella parecía la misma pero era otra. Sólo entraba a traerme ella misma la bandeja, a tomarme la temperatura y a ver que me tragara las medicinas. Pero yo la espiaba por el rabo del ojo y me daba cuenta de que cuando más triste se veía, más contenta estaba, cuando más contenta se veía, más ganas de llorar o algo se le notaban y cuando se sentaba en la mecedora y se abanicaba —cuando parecía que estaba descansando muy quitada de la pena más sentía yo que algo quería, y cuando más trajinaba y hablaba, más sentía yo que no quería algo, que hubiera deseado irse de mi cuarto y encerrarse en el suyo.

Pasaron los diez días y ya no aguantaba el sudor y la mugre y los pelos tiesos. Entonces la tía dijo que ya estaba sano y que me podía bañar. Salté de la cama muy feliz pero ay caray, casi me caigo del mareo que me entró. La tía corrió a cogerme de los brazos y me llevó al baño. Me senté, muy mareado, mientras ella mezclaba el agua fría con la caliente, la movía con los dedos y dejaba que se llenara la tina. Luego me pidió que me metiera al agua y yo le dije que se saliera y ella me preguntó que por qué. Le dije que me daba vergüenza.

—Eres un niño. Haz de cuenta que soy tu mamá. O la Micaela. ¿Ella nunca te

bañó?

Le dije que sí, cuando era muy escuincle. Ella dijo que era lo mismo. Dijo que casi era mi mamá, pues me había cuidado como a un hijo durante la enfermedad. Se acercó y empezó a desabotonarme el pijama y a llorar y a decir que yo había llenado su vida, que algún día me contaría su vida. Me cubrí como pude y entré a la tina y casi me resbalo. Ella me enjabonó. Empezó a frotarme igual que aquella noche y ella ya sabía que eso me gustaba y yo me dejé hacer mientras ella me decía que yo no sabía lo que era la soledad y lo repitió varias veces y luego dijo que apenas la Navidad pasada yo todavía era un niño y el agua era muy tibia y sentí el cuerpo a gusto, enjabonado, limpiándome del cansancio de la enfermedad, con las manos que me acariciaban. Ella supo antes que yo que ya no aguantaba y ella misma me levantó de la tina y me miró y se abrazó a mi cintura.

Ahora llevo cuatro meses viviendo aquí. Benedicta me pide que le diga «tía» enfrente de los demás. Me divierte escurrirme de noche y de madrugada por los pasillos y ayer casi me pesca la cocinera. A veces me canso mucho, sobre todo cuando Benedicta llora y grita y se hinca ante el crucifijo con los brazos abiertos. Ya nunca vamos a misa ni comulgamos. Y nadie ha vuelto a hablar de mandarme a la escuela. Pero de todos modos extraño la vida con el abuelo y ahí tengo escrita una carta donde le digo que ya venga a recogerme, que me hacen falta el aserradero y los pájaros y las cenas tan alegres. Nomás que nunca la mando. Eso sí, voy añadiéndole cosas todos los días y le echo indirectas medio pícaras y a ver si el viejo se las huele. Pero no mando la carta. Lo que no sé describir muy bien es lo bonita que se ha puesto Benedicta, cómo ha cambiado de aquella señorita tiesa y enlutada que iba al rancho y quisiera contarle a la Micaela y al abuelo que si vieran, también Benedicta sabe ser muy cariñosa y tiene una carne muy blanda y unos ojos, pues distintos, brillantes y muy abiertos y es toda ella muy blanca. Lo único malo es que a veces gime y llora y se retuerce tanto. A ver si algún día mando la carta. Hoy sí me asusté y hasta la firmé, pero todavía no la cierro. Ahí se estuvieron cuchicheando un rato muy largo Benedicta y la tía Milagros en la sala, detrás de esa cortina de cuentas que hace ruido cuando uno entra y sale. Y luego la tía Milagros, con ese ojo que le tiembla, llegó a mi cuarto y me empezó a acariciar el pelo y me dijo que si no me gustaría pasar una temporada en su casa. Yo nomás me quedé muy serio. Luego estuve pensando. Lo que pasa es que no sé qué pensar. Le puse un párrafo más a la carta que le estoy escribiendo al abuelo: «Ven a buscarme, por favor. Se me hace que en el rancho hay más moralidad. Ya te contaré». Y volví a meter la carta en el sobre. Pero todavía no me decido a mandarla.

Las dos Elenas

A José Luis Cuevas

—No sé de dónde le salen esas ideas a Elena. Ella no fue educada de ese modo. Y usted tampoco, Víctor. Pero el hecho es que el matrimonio la ha cambiado. Sí, no cabe duda. Creí que le iba a dar un ataque a mi marido. Esas ideas no se pueden defender, y menos a la hora de la cena. Mi hija sabe muy bien que su padre necesita comer en paz. Si no, en seguida le sube la presión. Se lo ha dicho el médico. Y después de todo, este médico sabe lo que dice. Por algo cobra a doscientos pesos la consulta. Yo le ruego que hable con Elena. A mí no me hace caso. Dígale que le soportamos todo. Que no nos importa que desatienda su hogar por aprender francés. Que no nos importa que vaya a ver esas películas rarísimas a unos antros llenos de melenudos. Que no nos importan esas medias rojas de payaso. Pero que a la hora de la cena le diga a su padre que una mujer puede vivir con dos hombres para complementarse... Víctor, por su propio bien usted debe sacarle esas ideas de la cabeza a su mujer.

Desde que vio Jules et Jim en un cineclub, Elena tuvo el duende de llevar la batalla a la cena dominical con sus padres —la única reunión obligatoria de la familia—. Al salir del cine, tomamos el MG y nos fuimos a cenar al Coyote Flaco en Coyoacán. Elena se veía, como siempre, muy bella con el suéter negro y la falda de cuero y las medias que no le gustan a su mamá. Además, se había colgado una cadena de oro de la cual pendía un tallado en jadeíta que, según un amigo antropólogo, describe al príncipe Uno Muerte de los mixtecos. Elena, que es siempre tan alegre y despreocupada, se veía, esa noche, intensa: los colores se le habían subido a las mejillas y apenas saludó a los amigos que generalmente hacen tertulia en ese restaurante un tanto gótico. Le pregunté qué deseaba ordenar y no me contestó; en vez, tomó mi puño y me miró fijamente. Yo ordené dos pepitos con ajo mientras Elena agitaba su cabellera rosa pálido y se acariciaba el cuello:

—Víctor, nibelungo, por primera vez me doy cuenta que ustedes tienen razón en ser misóginos y que nosotras nacimos para que nos detesten. Ya no voy a fingir más. He descubierto que la misoginia es la condición del amor. Ya sé que estoy equivocada, pero mientras más necesidades exprese, más me vas a odiar y más me vas a tratar de satisfacer. Víctor, nibelungo, tienes que comprarme un traje de

marinero antiguo como el que saca Jeanne Moreau.

Yo le dije que me parecía perfecto, con tal de que lo siguiera esperando todo de mí. Elena me acarició la mano y sonrió.

—Ya sé que no terminas de liberarte, mi amor. Pero ten fe. Cuando acabes de darme todo lo que yo te pida, tú mismo rogarás que otro hombre comparta nuestras vidas. Tú mismo pedirás ser Jules. Tú mismo pedirás que Jim viva con nosotros y soporte el peso. ¿No lo dijo el Güerito? Amémonos los unos a los otros, cómo no.

Pensé que Elena podría tener razón en el futuro; sabía después de cuatro años de matrimonio que al lado suyo todas las reglas morales aprendidas desde la niñez tendían a desvanecerse naturalmente. Eso he amado siempre en ella: su naturalidad. Nunca niega una regla para imponer otra, sino para abrir una especie de puerta, como aquellas de los cuentos infantiles, donde cada hoja ilustrada contiene el anuncio de un jardín, una cueva, un mar a los que se llega por la apertura secreta de la página anterior.

—No quiero tener hijos antes de seis años —dijo una noche, recostada sobre mis piernas, en el salón oscuro de nuestra casa, mientras escuchábamos discos de Cannonball Adderley; y en la misma casa de Coyoacán que hemos decorado con estofados policromos y máscaras coloniales de ojos hipnóticos—: Tú nunca vas a misa y nadie dice nada. Yo tampoco iré y que digan lo que quieran; y en el altillo que nos sirve de recámara y que en las mañanas claras recibe la luz de los volcanes: —Voy a tomar el café con Alejandro hoy. Es un gran dibujante y se cohibiría si tú estuvieras presente y yo necesito que me explique a solas algunas cosas; y mientras me sigue por los tablones que comunican los pisos inacabados del conjunto de casas que construyo en el Desierto de los Leones: —Me voy diez días a viajar en tren por la República; y al tomar un café apresurado en el Tirol a media tarde, mientras mueve los dedos en señal de saludo a los amigos que pasan por la calle de Hamburgo: —Gracias por llevarme a conocer el burdel, nibelungo. Me pareció como de tiempos de Toulouse-Lautrec, tan inocente como un cuento de Maupassant. ¿Ya ves? Ahora averigüé que el pecado y la depravación no están allí, sino en otra parte; y después de una exhibición privada de El ángel exterminador: —Víctor, lo moral es todo lo que da vida y lo inmoral todo lo que quita vida, ¿verdad que sí?

Y ahora lo repitió, con un pedazo de sándwich en la boca:

—¿Verdad que tengo razón? Si un ménage à trois nos da vida y alegría y nos hace mejores en nuestras relaciones personales entre tres de lo que éramos en la relación entre dos, ¿verdad que eso es moral?

Asentí mientras comía, escuchando el chisporroteo de la carne que se asaba a lo largo de la alta parrilla. Varios amigos cuidaban de que sus rebanadas estuvieran al punto que deseaban y luego vinieron a sentarse con nosotros y Elena volvió a reír y a ser la de siempre. Tuve la mala idea de recorrer los rostros de nuestros amigos con la mirada e imaginar a cada uno instalado en mi casa, dándole a Elena la porción de sentimiento, estímulo, pasión o inteligencia que yo, agotado en mis límites, fuese

incapaz de obsequiarle. Mientras observaba este rostro agudamente dispuesto a escuchar (y yo a veces me canso de oírla), ése amablemente ofrecido a colmar las lagunas de los razonamientos (yo prefiero que su conversación carezca de lógica o de consecuencias), aquél más inclinado a formular preguntas precisas y, según él, reveladoras (y yo nunca uso la palabra, sino el gesto o la telepatía para poner a Elena en movimiento), me consolaba diciéndome que, al cabo, lo poco que podrían darle se lo darían a partir de cierto extremo de mi vida con ella, como un postre, un cordial, un añadido. Aquél, el del peinado a lo Ringo Starr, le preguntó precisa y reveladoramente por qué seguía siéndome fiel y Elena le contestó que la infidelidad era hoy una regla, igual que la comunión todos los viernes antes, y lo dejó de mirar. Ése, el del cuello de tortuga negro, interpretó la respuesta de Elena añadiendo que, sin duda, mi mujer quería decir que ahora la fidelidad volvía a ser la actitud rebelde. Y éste, el del perfecto saco eduardiano, sólo invitó con la mirada intensamente oblicua a que Elena hablara más: él sería el perfecto auditor. Elena levantó los brazos y pidió un café exprés al mozo.

Caminamos tomados de la mano por las calles empedradas de Coyoacán, bajo los fresnos, experimentando el contraste del día caluroso que se prendía a nuestras ropas y la noche húmeda que, después del aguacero de la tarde, sacaba brillo a nuestros ojos y color a nuestras mejillas. Nos gusta caminar, en silencio, cabizbajos y tomados de la mano, por las viejas calles que han sido, desde el principio, un punto de encuentro de nuestras comunes inclinaciones a la asimilación. Creo que de esto nunca hemos hablado Elena y yo. Ni hace falta. Lo cierto es que nos da placer hacernos de cosas viejas, como si las rescatáramos de algún olvido doloroso o al tocarlas les diéramos nueva vida o al buscarles el sitio, la luz y el ambiente adecuados en la casa, en realidad nos estuviéramos defendiendo contra un olvido semejante en el futuro. Queda esa manija con fauces de león que encontramos en una hacienda de los Altos y que acariciamos al abrir el zaguán de la casa, a sabiendas de que cada caricia la desgasta; queda la cruz de piedra en el jardín, iluminada por una luz amarilla, que representa cuatro ríos convergentes de corazones arrancados, quizá, por las mismas manos que después tallaron la piedra, y quedan los caballos negros de algún carrusel hace tiempo desmontado, así como los mascarones de proa de bergantines que yacerán en el fondo del mar, si no muestran su esqueleto de madera en alguna playa de cacatúas solemnes y tortugas agonizantes.

Elena se quita el suéter y enciende la chimenea, mientras yo busco los discos de Cannonball, sirvo dos copas de ajeno y me recuesto a esperarla sobre el tapete. Elena fuma con la cabeza sobre mis piernas y los dos escuchamos el lento saxo del Hermano Lateef, a quien conocimos en el Gold Bug de Nueva York con su figura de brujo congolés vestido por Disraeli, sus ojos dormidos y gruesos como dos boas africanas, su barbilla de Svengali segregado y sus labios morados unidos al saxo que enmudece al negro para hacerlo hablar con una elocuencia tan ajena a su seguramente ronco tartamudeo de la vida diaria, y las notas lentas, de una plañidera

afirmación, que nunca alcanzan a decir todo lo que quieren porque sólo son, de principio a fin, una búsqueda y una aproximación llenas de un extraño pudor, le dan un gusto y una dirección a nuestro tacto, que comienza a reproducir el sentido del instrumento de Lateef: puro anuncio, puro preludio, pura limitación a los goces preliminares que, por ello, se convierten en el acto mismo.

—Lo que están haciendo los negros americanos es voltearle el chirrión por el palito a los blancos —dice Elena cuando tomamos nuestros consabidos lugares en la enorme mesa chippendale del comedor de sus padres—. El amor, la música, la vitalidad de los negros obligan a los blancos a justificarse. Fíjense que ahora los blancos persiguen físicamente a los negros porque al fin se han dado cuenta de que los negros los persiguen psicológicamente a ellos.

—Pues yo doy gracias de que aquí no haya negros —dice el padre de Elena al servirse la sopa de poro y papa que le ofrece, en una humeante sopera de porcelana, el mozo indígena que de día riega los jardines de la casota de las Lomas.

—Pero eso qué tiene que ver, papá. Es como si los esquimales dieran gracias por no ser mexicanos. Cada quien es lo que es y ya. Lo interesante es ver qué pasa cuando entramos en contacto con alguien que nos pone en duda y sin embargo sabemos que nos hace falta. Y que nos hace falta porque nos niega.

—Anda, come. Estas conversaciones se vuelven más idiotas cada domingo. Lo único que sé es que tú no te casaste con un negro, ¿verdad? Higinio, traiga las enchiladas.

Don José nos observa a Elena, a mí y a su esposa con aire de triunfo, y doña Elena madre, para salvar la conversación languideciente, relata sus actividades de la semana pasada, yo observo el mobiliario de brocado color palo-de-rosa, los jarrones chinos, las cortinas de gasa y las alfombras de piel de vicuña de esta casa rectilínea detrás de cuyos enormes ventanales se agitan los eucaliptos de la barranca. Don José sonríe cuando Higinio le sirve las enchiladas copeteadas de crema y sus ojillos verdes se llenan de una satisfacción casi patriótica, la misma que he visto en ellos cuando el presidente agita la bandera el 15 de septiembre, aunque no la misma —mucho más húmeda— que los enternece cuando se sienta a fumar un puro frente a su sinfonola privada y escucha boleros. Mis ojos se detienen en la mano pálida de doña Elena, que juega con el migajón de bolillo y recuenta, con fatiga, todas las ocupaciones que la mantuvieron activa desde la última vez que nos vimos. Escucho de lejos esa catarata de idas y venidas, juegos de canasta, visitas al dispensario de niños pobres, novenarios, bailes de caridad, búsqueda de cortinas nuevas, pleitos con las criadas, largos telefonazos con los amigos, suspiradas visitas a curas, bebés, modistas, médicos, relojeros, pasteleros, ebanistas y enmarcadores. He detenido la mirada en sus dedos pálidos, largos y acariciantes, que hacen pelotitas con la migaja.

—... les dije que nunca más vinieran a pedirme dinero a mí, porque yo no manejo nada. Que yo los enviaría con gusto a la oficina de tu padre y que allí la secretaria

los atendería...

... la muñeca delgadísima, de movimientos lánguidos, y la pulsera con medallones del Cristo del Cubilete, el Año Santo en Roma y la visita del presidente Kennedy, realizados en cobre y en oro, que chocan entre sí mientras doña Elena juega con el migajón...

—... bastante hace una con darles su apoyo moral, ¿no te parece? Te busqué el jueves para ir juntas a ver el estreno del Diana. Hasta mandé al chofer desde temprano a hacer cola, ya ves qué colas hay el día del estreno...

... y el brazo lleno, de piel muy transparente, con las venas trazadas como un segundo esqueleto, de vidrio, dibujado detrás de la tersura blanca.

—... invité a tu prima Sandrita y fui a buscarla con el coche pero nos entretuvimos con el niño recién nacido. Está precioso. Ella está muy sentida porque ni siquiera has llamado a felicitarla. Un telefonazo no te costaría nada, Elenita...

... y el escote negro abierto sobre los senos altos y apretados como un nuevo animal capturado en un nuevo continente...

—... después de todo, somos de la familia. No puedes negar tu sangre. Quisiera que tú y Víctor fueran al bautizo. Es el sábado entrante. La ayudé a escoger los ceniceritos que van a regalarle a los invitados. Vieras que se nos fue el tiempo platicando y los boletos se quedaron sin usar.

Levanté la mirada. Doña Elena me miraba. Bajó en seguida los párpados y dijo que tomaríamos el café en la sala. Don José se excusó y se fue a la biblioteca, donde tiene esa rocola eléctrica que toca sus discos favoritos a cambio de un falso veinte introducido por la ranura. Nos sentamos a tomar el café y a lo lejos el jukebox emitió un glu-glu y empezó a tocar Nosotros mientras doña Elena encendía el aparato de televisión, pero dejándolo sin sonido, como lo indicó llevándose un dedo a los labios. Vimos pasar las imágenes mudas de un programa de tesoro escondido, en el que un solemne maestro de ceremonias guiaba a los cinco concursantes —dos jovencitas nerviosas y risueñas peinadas como colmenas, un ama de casa muy modosa y dos hombres morenos, maduros y melancólicos— hacia el cheque escondido en el apretado estudio repleto de jarrones, libros de cartón y cajitas de música.

Elena sonrió, sentada junto a mí en la penumbra de esa sala de pisos de mármol y alcatraces de plástico. No sé de dónde sacó ese apodo ni qué tiene que ver conmigo, pero ahora empezó a hacer juegos de palabras con él mientras me acariciaba la mano:

—Nibelungo. Ni Ve Lungo. Nibble Hongo. Niebla lunga.

Los personajes grises, rayados, ondulantes buscaban su tesoro ante nuestra vista y Elena, acurrucada, dejó caer los zapatos sobre la alfombra y bostezo mientras doña Elena me miraba, interrogante, aprovechada de la oscuridad, con esos ojos negros muy abiertos y rodeados de ojeras profundas. Cruzó una pierna y se arregló la falda sobre las rodillas. Desde la biblioteca nos llegaban los murmullos del

bolero: nosotros, que tanto nos quisimos y, quizás, algún gruñido del sopor digestivo de don José. Doña Elena dejó de mirarme para fijar sus grandes ojos negros en los eucaliptos agitados detrás del ventanal. Seguí su nueva mirada. Elena bostezaba y ronroneaba, recostada sobre mis rodillas. Le acaricié la nuca. A nuestras espaldas, la barranca que cruza como una herida salvaje las Lomas de Chapultepec parecía guardar un fondo de luz secretamente subrayado por la noche móvil que doblaba la espina de los árboles y despeinaba sus cabelleras pálidas.

—¿Recuerdas Veracruz? —dijo, sonriendo, la madre a la hija; pero doña Elena me miraba a mí. Elena asintió con un murmullo, adormilada sobre mis piernas, y yo contesté:

—Sí. Hemos ido muchas veces juntos.

—¿Le gusta? —doña Elena alargó la mano y la dejó caer sobre el regazo.

—Mucho —le dije—. Dicen que es la última ciudad mediterránea. Me gusta la comida. Me gusta la gente. Me gusta sentarme horas en los portales y comer molletes y tomar café.

—Yo soy de allí —dijo la señora; por primera vez noté sus hoyuelos.

—Sí. Ya lo sé.

—Pero hasta he perdido el acento —rió, mostrando las encías—. Me casé de dieciocho años. Y en cuanto vive una en México pierde el acento jarocho. Usted ya me conoció, pues madurita.

—Todos dicen que usted y Elena parecen hermanas.

Los labios eran delgados pero agresivos:

—No. Es que ahora recordaba las noches de tormenta en el Golfo. Como que el sol no quiere perderse, ¿sabe usted?, y se mezcla con la tormenta y todo queda bañado por una luz muy verde, muy pálida, y una se sofoca detrás de los batientes esperando que pase el agua. La lluvia no refresca en el trópico. Nomás hace calor. Y no sé por qué los criados tenían que cerrar los batientes cada vez que venía una tormenta. Tan bonito que hubiera sido dejarla pasar con las ventanas muy abiertas.

Encendí un cigarrillo:

—Sí, se levantan olores muy espesos. La tierra se desprende de sus perfumes de tabaco, de café, de pulpa...

—También las recámaras —doña Elena cerró los ojos.

—¿Cómo?

—Entonces no había closets —se pasó la mano por las ligeras arrugas cercanas a los ojos—. En cada cuarto había un ropero y las criadas tenían la costumbre de colocar hojas de laurel y orégano entre la ropa. Además, el sol nunca secaba bien algunos rincones. Olía a moho, ¿cómo le diré?, a musgo...

—Sí, me imagino. Yo nunca he vivido en el trópico. ¿Lo echa usted de menos?

Y ahora se frotó las muñecas, una contra otra, y mostró las venas saltonas de las manos:

—A veces. Me cuesta trabajo acordarme. Figúrese, me casé de dieciocho años y

ya me consideraban quedada.

—¿Y todo esto se lo recordó esa extraña luz que ha permanecido en el fondo de la barranca?

La mujer se levantó.

—Sí. Son los spots que José mandó poner la semana pasada. Se ven bonitos, ¿no es cierto?

—Creo que Elena se ha dormido.

Le hice cosquillas en la nariz y Elena despertó y regresamos en el MG a Coyoacán.

—Perdona esas latas de los domingos —dijo Elena cuando yo salía a la obra la mañana siguiente—. Qué remedio. Alguna liga debía quedarnos con la familia y la vida burguesa, aunque sea por necesidad de contraste.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le pregunté mientras enrollaba mis planos y tomaba mi portafolios.

Elena mordió un higo y se cruzó de brazos y le sacó la lengua a un Cristo bizco que encontramos una vez en Guanajuato. —Voy a pintar toda la mañana. Luego voy a comer con Alejandro para mostrarle mis últimas cosas. En su estudio. Sí, ya lo terminó. Aquí en el Olivar de los Padres. En la tarde iré a la clase de francés. Quizá me tome un café y luego te espero en el cine-club. Dan un western mitológico: High Noon. Mañana quedé en verme con esos chicos negros. Son de los Black Muslims y estoy temblando por saber qué piensan en realidad. ¿Te das cuenta que sólo sabemos de eso por los periódicos? ¿Tú has hablado alguna vez con un negro norteamericano, nibelungo? Mañana en la tarde no te atrevas a molestarme. Me voy a encerrar a leerme Nerval de cabo a rabo. Ni crea Juan que vuelve a apantallarme con el soleil noir de la mélancolie y llamándose a sí mismo el viudo y el desconsolado. Ya lo caché y le voy a dar un baño mañana en la noche. Sí, va a «tirar» una fiesta de disfraces. Tenemos que ir vestidos de murales mexicanos. Más vale asimilar eso de una vez. Cómprame unos alcatraces, Víctor nibelunguito, y si quieres vístete del cruel conquistador Alvarado que marcaba con hierros candentes a las indias antes de poseerlas. —Oh Sade, where is the whip? Ah, y el miércoles toca Miles Davies en Bellas Artes. Es un poco passé, pero de todos modos me alborota el hormonamen. Compra boletos. Chao, amor.

Me besó la nuca y no pude abrazarla por los rollos de proyectos que traía entre manos, pero arranqué en el auto con el aroma del higo en el cuello y la imagen de Elena con mi camisa puesta, desabotonada y amarrada a la altura del ombligo y sus estrechos pantalones de torero y los pies descalzos, disponiéndose a... ¿iba a leer un poema o a pintar un cuadro? Pensé que pronto tendríamos que salir juntos de viaje. Eso nos acercaba más que nada. Llegué al periférico. No sé por qué, en vez de cruzar el puente de Altavista hacia el Desierto de los Leones, entré al anillo y aceleré. Sí, a veces lo hago. Quiero estar solo y correr y reírme cuando alguien me la refresca. Y, quizá, guardar durante media hora la imagen de Elena al despedirme, su

naturalidad, su piel dorada, sus ojos verdes, sus infinitos proyectos, y pensar que soy muy feliz a su lado, que nadie puede ser más feliz al lado de una mujer tan vivaz, tan moderna, que... que me... que me complementa tanto.

Paso al lado de una fundidora de vidrio, de una iglesia barroca, de una montaña rusa, de un bosque de ahuehuetes. ¿Dónde he escuchado esa palabrita? Complementar. Giro alrededor de la fuente de Petróleos y subo por el Paseo de la Reforma. Todos los automóviles descienden al centro de la ciudad, que reverbera al fondo detrás de un velo impalpable y sofocante. Yo asciendo a las Lomas de Chapultepec, donde a estas horas sólo quedan los criados y las señoras, donde los maridos se han ido al trabajo y los niños a la escuela y seguramente mi otra Elena, mi complemento, debe esperar en su cama tibia con los ojos negros y ojerosos muy azorados y la carne blanca y madura y honda y perfumada como la ropa en los bargeños tropicales.

Un alma pura

A Berta Maldonado

Mais les manœuvres inconscientes d'une âme pure sont encore plus singulières que les combinaisons du vice.

RAYMOND RADIGUET,
Le Bal du Comte d'Orgel

Juan Luis. Pienso en ti cuando tomo mi lugar en el autobús que me llevará de la estación al aeropuerto. Me adelanté a propósito. No quiero conocer desde antes a las personas que realmente volarán con nosotros. Éste es el pasaje de un vuelo de Alitalia a Milán; sólo dentro de una hora deberán abordar el autobús los viajeros de Air France a París, Nueva York y México. Es que temo llorar, descomponerme o hacer algo ridículo y después soportar miradas y comentarios durante dieciséis horas. Nadie tiene por qué saber nada. Tú también lo prefieres así, ¿no es cierto? Yo siempre pensaré que fue un acto secreto, que no lo hiciste por... No sé por qué pienso estas cosas. No tengo derecho a explicar nada en tu nombre. Y, quizá, tampoco en el mío. ¿Cómo voy a saber, Juan Luis? ¿Cómo voy a ofendernos afirmando o negando que quizás, en ese instante, o durante un largo tiempo —no sé cómo ni cuándo lo decidiste; posiblemente desde la infancia; ¿por qué no?— fueron el despecho, el dolor, la nostalgia o la esperanza tus motivos? Hace frío. Está soplando ese viento helado de las montañas que pasa como un hálito de muerte sobre la ciudad y el lago. Me cubro la mitad del rostro con las solapas del abrigo para retener mi propio calor, aunque el autobús está calentado y ahora arranca suavemente, envuelto también en su vaho. Salimos de la estación de Cornavin por un túnel y yo sé que no veré más el lago y los puentes de Ginebra, pues el autobús desemboca a la carretera a espaldas de la estación y sigue alejándose del Léman, rumbo al aeropuerto. Pasamos por la parte fea de la ciudad, donde viven los trabajadores de temporada llegados de Italia, de Alemania y de Francia a este paraíso donde no cayó una sola bomba, donde nadie fue torturado o asesinado o engañado. El propio autobús da esa sensación de

pulcritud, de orden y de bienestar que tanto te llamó la atención desde que llegaste y ahora que limpio con la mano la ventanilla empañada y veo estas casas pobretonas pienso que, a pesar de todo, no se ha de vivir mal en ellas. Suiza termina por confortarnos demasiado, decías en una carta; perdemos el sentido de los extremos que en nuestro país son visibles e insultantes. Juan Luis: en tu última carta no necesitabas decirme —lo comprendo sin haberlo vivido: ése fue siempre nuestro lazo de unión— que ese orden de todo lo exterior —la puntualidad de los trenes, la honradez en el trato, la previsión del trabajo y el ahorro a lo largo de la vida— estaba exigiendo un desorden interno que lo compensara. Me estoy riendo, Juan Luis; detrás de una mueca que lucha por retener las lágrimas, empiezo a reír y todos los pasajeros a mirarme y a murmurar entre ellos; es lo que deseaba evitar; menos mal que éstos son los que van a Milán. Río pensando que saliste del orden de nuestra casa en México al desorden de tu libertad en Suiza. ¿Me entiendes? De la seguridad en el país de los puñales ensangrentados a la anarquía en el país de los relojes cucú. Dime si no tiene gracia. Perdón. Ya pasó. Trato de calmarme viendo las cumbres nevadas de los Jura, ese enorme acantilado gris que ahora busca en vano su reflejo en las aguas que de él nacieron. Tú me escribiste que en verano el lago es el ojo de los Alpes: los refleja, pero los transforma en una vasta catedral sumergida y decías que al arrojarte al agua buceabas en busca de las montañas. ¿Sabes que tengo tus cartas conmigo? Las leí en el avión que me trajo de México y durante los días que he estado en Ginebra, durante los momentos libres que tuve. Y ahora las leeré de regreso. Sólo que en este viaje tú me acompañas.

Hemos viajado tanto juntos, Juan Luis. De niños íbamos todos los fines de semana a Cuernavaca, cuando mis papás todavía tenían esa casa cubierta de buganvilia. Me enseñaste a nadar y a montar en bicicleta. Nos íbamos los sábados en la tarde en bicicleta al pueblo y todo lo conocí por tus ojos. «Mira, Claudia, los volantines, mira, Claudia, miles de pájaros en los árboles, mira, Claudia, las pulseras de plata, los sombreros de charro, las nieves de limón, las estatuas verdes, ven, Claudia, vamos a la rueda de la fortuna.» Y para las fiestas de Año Nuevo, nos llevaban a Acapulco y tú me despertabas muy de madrugada y corríamos a la playa de Hornos porque sabías que esa hora del mar era la mejor: sólo entonces los caracoles y los pulpos, las maderas negras y esculpidas, las botellas viejas, aparecían, arrojados por la marea y tú y yo juntábamos todo lo que podíamos, aunque ya sabíamos que después no nos permitirían llevarlo a México y, realmente, esa cantidad de cosas inútiles no cabían en el coche. Es curioso que cada vez que deseo recordar cómo eras a los diez, a los trece, a los quince años, piense inmediatamente en Acapulco. Será porque durante el resto del año cada uno iba a su escuela y sólo en la costa, y festejando precisamente el paso de un año a otro, todas las horas del día eran nuestras. Allí representábamos. En los castillos de roca donde yo era una prisionera de los ogros y tú subías con una espada de palo en la mano, gritando y batiéndote con los monstruos imaginarios para liberarme. En los galeones

piratas —un esquife de madera— donde yo esperaba aterrada a que terminaras de batirte en el mar con los tiburones, que me amenazaban. En las selvas tupidas de Pie de la Cuesta, por donde avanzábamos tomados de la mano, en busca del tesoro secreto indicado en el plano que encontramos dentro de una botella. Acompañabas tus acciones tarareando una música de fondo inventada en el momento: dramática, en clímax perpetuo. Capitán Sangre, Sandokan, Ivanhoe: tu personalidad cambiaba con cada aventura; yo era siempre la princesa amenazada, sin nombre, idéntica a su nebuloso prototipo.

Sólo hubo un vacío: cuando tú cumpliste quince y yo sólo tenía doce y te dio vergüenza andar conmigo. Yo no entendí, porque te vi igual que siempre: delgado, fuerte, quemado, con el pelo castaño y rizado y enrojecido por el sol. Pero al año siguiente nos emparejamos y anduvimos juntos otra vez, ahora no recogiendo conchas o inventando aventuras, sino buscando la prolongación de un día que empezaba a parecernos demasiado corto y de una noche que nos vedaban, se convertía en nuestra tentación y era idéntica a las nuevas posibilidades de una vida recién descubierta, recién estrenada. Caminábamos por el Farallón después de la cena, tomados de la mano, sin hablar, sin mirar a los grupos que tocaban la guitarra alrededor de las fogatas o a las parejas que se besaban entre las rocas. No necesitábamos decir que los demás nos daban pena. Porque no necesitábamos decir que lo mejor del mundo era caminar juntos de noche, tomados de la mano, sin decir palabra, comunicándonos en silencio esa cifra, ese enigma que jamás, entre tú y yo, fue motivo de una burla o de una pedantería. Éramos serios sin ser solemnes, ¿verdad? Y posiblemente nos ayudábamos sin saberlo, de una manera que nunca he podido explicar bien, pero que tenía que ver con la arena caliente bajo nuestros pies descalzos, con el silencio del mar en la noche, con el roce de nuestras caderas mientras caminábamos, con tus nuevos pantalones blancos largos y entallados, con mi nueva falda roja y amplia: habíamos cambiado todo nuestro guardarropa y habíamos escapado de las bromas, las vergüenzas y la violencia de nuestros amigos. Sabes, Juan Luis, que muy pocos dejaron de tener catorce años —esos catorce años que no eran los nuestros—. El machismo es tener catorce años toda la vida; es un miedo cruel. Tú lo sabes, porque tampoco lo pudiste evitar. En cambio, a medida que nuestra infancia quedaba atrás y tú probabas todas las experiencias comunes a tu edad, quisiste evitarme a mí. Por eso te entendí cuando, después de años de no hablarme casi (pero te espiaba desde la ventana, te veía salir en un convertible lleno de amigos, llegar tarde y con náusea), cuando yo entré a Filosofía y Letras y tú a Economía, me buscaste, no en la casa, como hubiese sido natural, sino en la Facultad de Mascarones y me invitaste a tomar un café en aquel sótano caluroso y lleno de estudiantes, una tarde.

Me acariciaste la mano y dijiste:

—Perdóname, Claudia.

Yo sonreí y pensé que, de un golpe, regresaban todos los momentos de nuestra

infancia, pero no para prolongarse, sino para encontrar un remate, un reconocimiento singular que al mismo tiempo los dispersaba para siempre.

—¿De qué? —te contesté—. Me da gusto que volvamos a hablar. No hace falta más. Nos hemos visto todos los días, pero era como si el otro no estuviera presente. Ahora me da gusto que volvamos a ser amigos, como antes.

—Somos más que amigos, Claudia. Somos hermanos.

—Sí, pero eso es un accidente. Ya ves, siendo hermanos nos hemos querido mucho de niños y después ni siquiera nos hemos hablado.

—Voy a irme, Claudia. Ya se lo dije a mi papá. No está de acuerdo. Cree que debo terminar la carrera. Pero yo necesito irme.

—¿A dónde?

—Conseguí un puesto con las Naciones Unidas en Ginebra. Allí puedo seguir estudiando.

—Haces bien, Juan Luis.

Me dijiste lo que ya sabía. Me dijiste que no aguantabas más los prostíbulos, la enseñanza de memoria, la obligación de ser macho, el patriotismo, la religión de labios para afuera, la falta de buenas películas, la falta de verdaderas mujeres, compañeras de tu misma edad que vivieran contigo... Fue todo un discurso, dicho en voz muy baja sobre esa mesa del café de Mascarones.

—Es que no se puede vivir aquí. Te lo digo en serio. Yo no quiero servir ni a Dios ni al diablo; quiero quemar los dos cabos. Y aquí no puedes, Claudia. Si sólo quieres vivir, eres un traidor en potencia; aquí te obligan a servir, a tomar posiciones, es un país sin libertad de ser uno mismo. No quiero ser gente decente. No quiero ser cortés, mentiroso, muy macho, lambiscón, fino y sutil. Como México no hay dos... por fortuna. No quiero seguir de burdel en burdel. Luego, para toda la vida, tienes que tratar a las mujeres con un sentimentalismo brutal y dominante porque nunca llegaste a entenderlas. No quiero.

—¿Y mamá qué dice?

—Llorará. No tiene importancia. Lloro por todo, ¿a poco no?

—¿Y yo, Juan Luis?

Sonrió infantilmente:

—Vendrás a visitarme, Claudia, ¡jura que vendrás a verme!

No sólo vine a verte. Vine a buscarte, a llevarte de regreso a México. Y hace cuatro años, al despedirnos, sólo te dije:

—Recuérdame mucho. Busca la manera de estar siempre conmigo.

Sí, me escribiste rogándome que te visitara; tengo tus cartas. Encontraste un cuarto con baño y cocina en el lugar más bonito de Ginebra, la Place du Bourg-de-Four. Escribiste que estaba en un cuarto piso, en el centro de la parte vieja de la ciudad, desde donde podías ver los techos empinados, las torres de las iglesias, las ventanillas y los tragaluces estrechos y más allá el lago que se perdía de vista, que llegaba hasta Vevey y Montreux y Chillon. Tus cartas estaban llenas del goce de la

independencia. Tenías que hacer tu cama y barrer y prepararte el desayuno y bajar a la lechería de al lado. Y tomabas la copa en el café de la plaza. Hablaste tanto de él. Se llama La Clémence y tiene un toldo con franjas verdes y blancas y allí se da cita toda la gente que vale la pena frecuentar en Ginebra. Es muy estrecho; apenas seis mesas frente a una barra donde las empleadas sirven cassis vestidas de negro y a todo mundo le dicen «M'sieudame». Ayer me senté a tomar un café y estuve mirando a todos esos estudiantes con bufandas largas y gorras universitarias, a las muchachas hindúes con los saris descompuestos por los abrigo de invierno, a los diplomáticos con rosetas en las solapas, a los actores que huyen de los impuestos y se refugian en un chalet a orillas del lago, a las jóvenes alemanas, chilenas, belgas, tunecinas, que trabajan en la OIT. Escribiste que había dos Ginebras. La ciudad convencional y ordenada que Stendhal describió como una flor sin perfume; la habitan los suizos y es el telón de fondo de la otra, la ciudad de paso y exilio, la ciudad extranjera de encuentros accidentales, de miradas y conversaciones inmediatas, sin sujeción a las normas que los suizos se han dado liberando a los demás. Tenías veintitrés años al llegar aquí, y me imagino tu entusiasmo.

«Pero basta de eso (escribiste). Te tengo que decir que estoy tomando un curso de literatura francesa y allí conocí... Claudia, no te puedo explicar lo que siento y ni siquiera trato de hacerlo porque tú siempre me has comprendido sin necesidad de palabras. Se llama Irene y no sabes cómo es de guapa y lista y simpática. Ella estudia la carrera de letras aquí y es francesa; qué curioso, estudia lo mismo que tú. Quizá por eso me gustó en seguida. Ja ja.» Creo que duró un mes. No recuerdo. Fue hace cuatro años. «Marie-José habla demasiado, pero me entretiene. Fuimos a pasar el fin de semana a Davos y me puso en ridículo porque es una esquiadora formidable y yo no doy una. Dicen que hay que aprender desde niño. Te confieso que se me apretó y los dos regresamos a Ginebra el lunes como salimos el viernes, nada más que yo con un tobillo torcido. ¿No te da risa?» Luego llegó la primavera. «Doris es inglesa y pinta. Me parece que tiene verdadero talento. Aprovechamos las vacaciones de Pascua para irnos a Wengen. Dice que hace el amor para que su subconsciente trabaje y salta de la cama a pintar sus gouaches con el picacho blanco de la Jungfrau en frente. Abre las ventanas y respira hondo y pinta desnuda mientras yo tiemblo de frío. Se ríe mucho y dice que soy un ser tropical y subdesarrollado y me sirve kirsch para que me caliente.» Doris me dio risa durante el año que se estuvieron viendo. «Me hace falta su alegría, pero decidió que un año en Suiza era bastante y se fue con sus cajas y sus atriles a vivir a la isla de Miconos. Mejor. Me divertí, pero no es una mujer como Doris lo que me interesa.» Una se fue a Grecia y otra llegó de Grecia. «Sophia es la mujer más bella que he conocido, te lo juro. Ya sé que es un lugar común, pero parece una de las Cariátides. Aunque no en el sentido vulgar. Es una estatua porque la puedes observar desde todos los ángulos: la hago girar, desnuda, en el cuarto. Pero lo importante es el aire que la rodea, el espacio alrededor de la estatua, ¿me entiendes? El espacio que ocupa y que le permite ser

bella. Es oscura, tiene las cejas muy espesas y mañana, Claudia, se va con un tipo riquísimo a la Costa Azul. Desolado, pero satisfecho, tu hermano que te quiere, Juan Luis.»

Y Christine, Consuelo, Sonali, Marie-France, Ingrid... Las referencias fueron cada vez más breves, más desinteresadas. Diste en preocuparte por el trabajo y hablar mucho de tus compañeros, de sus tics nacionales, de sus relaciones contigo, del temario de las conferencias, de sueldos, viajes y hasta pensiones de retiro. No querías decirme que ese lugar, como todos, acaba por crear sus tranquilas convenciones y que tú ibas cayendo en las del funcionario internacional. Hasta que llegó una tarjeta con la panorámica de Montreux y tu letra apretada contando de la comida en un restaurante fabuloso y lamentando mi ausencia con dos firmas, tu garabato y un nombre ilegible pero cuidadosamente repetido, debajo, en letras de molde: Claire.

Ah, sí, lo fuiste graduando. No la presentaste como a las otras. Primero fue un nuevo trabajo que te iban a encomendar. Después que se relacionaba con la siguiente sesión de un consejo. En seguida que te gustaba tratar con nuevos compañeros pero sentías nostalgia de los viejos. Luego que lo más difícil era acostumbrarse a los oficiales de documentos que no conocían tus hábitos. Por fin que habías tenido suerte en trabajar con un oficial «compatible» y en la siguiente carta: se llama Claire. Y tres meses antes me habías enviado la tarjeta desde Montreux. Claire, Claire, Claire.

Te contesté: «Mon ami Pierrot». ¿Ya no ibas a ser franco conmigo? ¿Desde cuándo Claire? Quería saberlo todo. Exigía saberlo todo. Juan Luis, ¿no éramos los mejores amigos antes de ser hermanos? No escribiste durante dos meses. Entonces llegó un sobre con una foto adentro. Tú y ella con el alto surtidor detrás, y el lago en verano; tú y ella apoyados contra la baranda. Tu brazo alrededor de su cintura. Ella, tan mona, con el suyo sobre el cantero lleno de flores. Pero la foto no era buena. Resultaba difícil juzgar el rostro de Claire. Delgada y sonriente, sí, una especie de Marina Vlady más flaca pero con el mismo pelo liso, largo y rubio. Con tacones bajos. Un suéter sin mangas. Escotado.

Lo aceptaste sin explicarme nada. Primero las cartas contando hechos. Ella vivía en una pensión de la Rue Emile Jung. Su padre era ingeniero, viudo y trabajaba en Neuchatel. Tú y Claire iban a nadar juntos a la playa. Tomaban té en La Clémence. Veían viejas películas francesas en un cine de la Rue Mollard. Cenaban los sábados en el Plat d'Argent y cada uno pagaba su cuenta. Entre semana, se servían en la cafetería del Palacio de las Naciones. A veces tomaban el tranvía y se iban a Francia. Hechos y nombres, nombres, nombres como en una guía: Quai des Berges, Grand' Rue, Cave à Bob, Gare de Cornavin, Auberge de la Mère Royaume, Champelle, Boulevard des Bastions.

Después, conversaciones. El gusto de Claire por algunas películas, ciertas lecturas, los conciertos, y más nombres, ese río de sustantivos de tus cartas (Drôle de

Drame y Les Enfants du Paradis, Scott Fitzgerald y Raymond Radiguet, Schumann y Brahms) y luego Claire dijo, Claire opina, Claire intuye. Los personajes de Carné viven la libertad como una conspiración vergonzosa. Fitzgerald inventó las modas, los gestos y las decepciones que nos siguen alimentando. El Réquiem Alemán celebra todas las muertes profanas. Sí, te contesté. Orozco acaba de morir y en Bellas Artes hay una gigantesca retrospectiva de Diego. Y más vueltas, todo transcrito, como te lo pedí.

—Cada vez que lo escucho, me digo que es como si nos diéramos cuenta que es necesario consagrar todo lo que hasta ahora ha sido condenado, Juan Luis; voltear el guante. ¿Quién nos mutiló, mi amor? Hay tan poco tiempo para recuperar todo lo que nos han robado. No, no me propongo nada, ¿ves? No hagamos planes. Creo lo mismo que Radiguet: las maniobras inconscientes de un alma pura son aún más singulares que las combinaciones del vicio.

¿Qué te podía contestar? Aquí lo de siempre, Juan Luis. Papá y mamá están tristísimos de que no nos acompañes para las bodas de plata. Papá ha sido ascendido a vicepresidente de la aseguradora y dice que es el mejor regalo de aniversario. Mamá, pobrecita, cada día inventa más enfermedades. Empezó a funcionar el primer canal de televisión. Estoy preparando los exámenes de tercer año. Sueño un poco con todo lo que tú vives; me hago la ilusión de encontrarlo en los libros. Ayer le contaba a Federico todo lo que haces, ves, lees y oyes y pensamos que, quizás, al recibirnos podríamos ir a visitarte. ¿No piensas regresar algún día? Podías aprovechar las siguientes vacaciones, ¿no?

Escribiste que el otoño era distinto al lado de Claire. Salían a caminar mucho los domingos, tomados de la mano, sin hablar; quedaba en los parques un aroma final de jacintos podridos pero ahora el olor de hojas quemadas los perseguía durante esos largos paseos que te recordaban los nuestros por la playa hace años, porque ni tú ni Claire se atrevían a romper el silencio, por más cosas que se les ocurrieran, por más sugerencias que adelantara ese enigma de las estaciones quebradas en sus orillas, en su contacto de jazmines y hojas secas. Al final, el silencio. Claire, Claire —me escribiste a mí—, lo has entendido todo. Tengo lo que tuve siempre. Ahora lo puedo poseer. Ahora he vuelto a encontrarte, Claire.

Dije otra vez en mi siguiente carta que Federico y yo estábamos preparando juntos un examen y que iríamos a pasar el fin de año en Acapulco. Pero lo taché antes de enviarte la carta. En la tuya no preguntabas quién era Federico —y si pudieras hacerlo hoy, no sabría contestar—. Cuando llegaron las vacaciones, dije que no me pasaran más sus llamadas; ya no tuve que verlo en la escuela; fui sola, con mis papás, a Acapulco. No te conté nada de eso. Te dejé de escribir durante varios meses, pero tus cartas siguieron llegando. Ese invierno, Claire se fue a vivir contigo al cuarto de Bourg-de-Four. Para qué recordar las cartas que siguieron. Ahí vienen en la bolsa. «Claire, todo es nuevo. Nunca habíamos estado juntos al amanecer. Antes, esas horas no contaban; eran una parte muerta del día y ahora son

las que no cambiaría por nada. Hemos vivido tan unidos siempre, durante las caminatas, en el cine, en los restaurantes, en la playa, fingiendo aventuras, pero siempre vivíamos en cuartos distintos. ¿Sabes todo lo que hacía, solitario, pensando en ti? Ahora no pierdo esas horas. Paso toda la noche detrás de ti, con los brazos alrededor de tu cintura, con tu espalda pegada a mi pecho, esperando que amanezca. Tú ya sabes y me das la cara y me sonríes con los ojos cerrados. Claire, mientras yo aparto la sábana, olvido los rincones que tú has entibiado toda la noche y te pregunto si no es esto lo que habíamos deseado siempre, desde el principio, cuando jugábamos y caminábamos en silencio y tomados de la mano. Teníamos que acostarnos bajo el mismo techo, en nuestra propia casa, ¿verdad? ¿Por qué no me escribes, Claudia? Te quiere, Juan Luis.»

Quizá recuerdes mis bromas. No era lo mismo quererse en una playa o en un hotel rodeado de lagos y nieve que vivir juntos todos los días. Además, trabajaban en la misma oficina. Acabarían por aburrirse. La novedad se perdería. Despertar juntos. No era muy agradable, en realidad. Ella verá cómo te lavas los dientes. Tú la verás desmaquillarse, untarse cremas, ponerse las ligas... Creo que has hecho mal, Juan Luis. ¿No ibas en busca de la independencia? ¿Para qué te has echado esa carga encima? En ese caso, más te hubiera valido quedarte en México. Pero por lo visto es difícil huir de las convenciones en las que nos han criado. En el fondo, aunque no hayas cumplido las formas, estás haciendo lo que papá y mamá y todos siempre han esperado de ti. Te has convertido en un hombre ordenado. Tanto que nos divertimos con Doris y Sophia y Marie-José. Lástima.

No nos escribimos durante un año y medio. Mi vida no cambió para nada. La carrera se volvió un poco inútil, repetitiva. ¿Cómo te van a enseñar literatura? Una vez que me pusieron en contacto con algunas cosas, supe que me correspondía volar sola, leer y escribir y estudiar por mi cuenta y sólo seguí asistiendo a clase por disciplina, porque tenía que terminar lo que había empezado. Se vuelve tan idiota y tan pedante que le sigan explicando a uno lo que ya sabe a base de esquemas y cuadros sintéticos. Es lo malo de ir por delante de los maestros, y ellos lo saben pero lo ocultan, para no quedarse sin chamba. Íbamos entrando al Romanticismo y yo ya estaba leyendo a Firbank y Rolfe y hasta había descubierto a William Golding. Tenía un poco asustados a los profesores y mi única satisfacción en esa época eran los elogios en la Facultad: Claudia es una promesa. Me encerré cada vez más en mi cuarto, lo arreglé a mi gusto, ordené mis libros, colgué mis reproducciones, instalé mi tocadiscos y mamá se aburrió de pedirme que conociera muchachos y saliera a bailar. Me dejaron en paz. Cambié un poco mi guardarropa, de los estampados que tú conociste a la blusa blanca con falda oscura, al traje sastre, a lo que me hace sentirme un poco más seria, más severa, más alejada.

Parece que hemos llegado al aeropuerto. Giran las pantallas de radar y dejo de hablarte. El momento va a ser desagradable. Los pasajeros se remueven. Tomo mi bolsa de mano y mi estuche de maquillaje y mi abrigo. Me quedo sentada esperando

que los demás bajen. Al fin, el chofer me dice:

—Nous voilà, mademoiselle. L'avion part dans une demi-heure.

No. Ése es el otro, el que va a Milán. Me acomodo el gorro de piel y desciendo. Hace un frío húmedo y la niebla ha ocultado las montañas. No llueve, pero el aire contiene millones de gotas quebradas e invisibles: las siento en el pelo. Me acaricio el pelo rubio y lacio. Entro al edificio y me dirijo a la oficina de la compañía. Digo mi nombre y el empleado asiente en silencio. Me pide que le siga. Caminamos por un largo corredor bien alumbrado y luego salimos a la tarde helada. Cruzamos un largo trecho de pavimento hasta llegar a una especie de hangar. Camino con los puños cerrados. El empleado no intenta conversar conmigo. Me precede, un poco ceremonioso. Entramos al depósito. Huele a madera húmeda, a paja y alquitrán. Hay muchos cajones dispuestos con orden, así como cilindros y hasta un perrito enjaulado que ladra. Tu caja está un poco escondida. El empleado me la muestra, inclinándose con respeto. Toco el filo del féretro y no hablo durante algunos minutos. El llanto se me queda en el vientre, pero es como si llorara. El empleado espera y cuando lo cree conveniente me muestra los distintos papeles que estuve tramitando durante los últimos días, los permisos y vistobuenos de la policía, la salubridad, el consulado mexicano y la compañía de aviación. Me pide que firme de conformidad el documento final de embarque. Lo hago y él lame el reverso engomado de unas etiquetas y las pega sobre el resquicio del féretro. Lo sella. Vuelvo a tocar la tapa gris y regresamos al edificio central. El empleado murmura sus condolencias y se despide de mí.

Después de arreglar los documentos con la compañía y las autoridades suizas, subo al restaurante con mi pase entre los dedos y me siento y pido un café. Estoy sentada junto al ventanal y veo a los aviones aparecer y desaparecer por la pista. Se pierden en la niebla o salen de ella, pero el ruido de los motores los precede o queda detrás como una estela sonora. Me dan miedo. Sí, tú sabes que me dan un miedo horroroso y no quiero pensar en lo que será este viaje de regreso contigo, en pleno invierno, mostrando en cada aeropuerto los documentos con tu nombre y los permisos para que puedas pasar. Me traen el café y lo tomo sin azúcar; me sienta bien. No me tiembla la mano al beberlo.

Hace nueve semanas rasqué el sobre de tu primera carta en dieciocho meses y dejé caer la taza de café sobre el tapete. Me hiqué apresuradamente a limpiarlo con la falda y luego puse un disco, anduve por el cuarto mirando los lomos de los libros, cruzada de brazos; hasta leí unos versos, lentamente, acariciando las tapas del libro, segura de mí misma, lejos de tu carta desconocida y escondida dentro del sobre rasgado que yacía sobre un brazo del sillón.

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas, dulces y alegres cuando Dios quería! Juntas estáis en la memoria mía y con ella en mi muerte conjuradas.

«Claro que nos hemos peleado. Ella sale golpeando la puerta y yo casi lloro de la rabia. Trato de ocuparme pero no puedo y salgo a buscarla. Sé dónde está. Enfrente, en La Clémence, bebiendo y fumando nerviosamente. Bajo por la escalera rechinante y salgo a la plaza y ella me mira de lejos y se hace la desentendida. Cruzo el jardín y subo al nivel más alto de Bourg-de-Four lentamente, con los dedos rozando la balaustrada de fierro; llego al café y me siento a su lado en una de las sillas de mimbre. Estamos sentados al aire libre; en el verano el café invade las aceras y se escucha la música del carrillón de St. Pierre. Claire habla con la mesera. Dicen idioteces sobre el clima con ese odioso sonsonete suizo. Espero a que Claire apague el cigarrillo en el cenicero y hago lo mismo para tocar sus dedos. Me mira. ¿Sabes cómo, Claudia? Como me mirabas tú, encaramada en las rocas de la playa, esperando que te salvara del ogro. Tenías que fingir que no sabías si yo venía a salvarte o a matarte en nombre de tu carcelero. Pero a veces no podías contener la risa y la ficción se venía abajo por un instante. El pleito empezó por un descuido mío. Me acusó de ser descuidado y de crearle un problema moral. ¿Qué íbamos a hacer? Si por lo menos yo tuviera una respuesta inmediata, pero no, simplemente me había enconchado, silencioso y huraño, y ni siquiera había huido de la situación para hacer algo inteligente. En la casa había libros y discos, pero yo me dediqué a resolver crucigramas en las revistas.

»—Tienes que decidirte, Juan Luis. Por favor.

»—Estoy pensando.

»—No seas tonto. No me refiero a eso. A todo. ¿Vamos a dedicarnos toda la vida a clasificar documentos de la ONU? ¿O sólo estamos viviendo una etapa transitoria que nos permita ser algo más, algo que no sabemos todavía? Estoy dispuesta a cualquier cosa, Juan Luis, pero no puedo tomar decisiones yo sola. Dime si nuestra vida juntos y nuestro trabajo es sólo una aventura; estaré de acuerdo. Dime si las dos cosas son permanentes; también estaré de acuerdo. Pero ya no podemos actuar como si el trabajo fuera pasajero y el amor permanente, ni al revés, ¿me entiendes?

»¿Cómo iba a explicarle, Claudia, que su problema me resulta incomprensible? Créeme, sentado allí en La Clémence, viendo pasar a los jóvenes en bicicleta, escuchando las risas y murmullos de los que nos rodeaban, con las campanas de la catedral repiqueteando su música, créeme, hermana, huí de todo ese mundo circundante, cerré los ojos y me hundí en mí mismo, afiné en mi propia oscuridad una inteligencia secreta de mi persona, adelgacé todos los hilos de mi sensibilidad para que al menor movimiento del alma los hiciese vibrar, tendí toda mi percepción, toda mi adivinanza, toda la trama del presente como un arco, para disparar al futuro y revelarlo hiriéndolo. Esta flecha salió disparada y no había un blanco, Claudia, no había nada hacia adelante y toda esa construcción interna y dolorosa —sentía las manos frías por el esfuerzo— se derrumbaba como una ciudad de arena al primer asalto de las olas; pero no para perderse, sino para regresar al océano de eso que

llaman memoria; a la niñez, a los juegos, a nuestra playa, a una alegría y un calor que todo lo demás sólo trata de imitar, de prolongar, de confundir con proyectos de futuro y reproducir con sorpresas de presente. Sí, le dije que estaba bien; buscaríamos un apartamento más grande. Claire va a tener un niño.»

Ella misma me dirigía una carta con aquella letra que sólo había visto en la tarjeta postal de Montreux. «Sé lo importante que es usted para Juan Luis, cómo crecieron juntos y todo lo demás. Tengo muchos deseos de tratarla y sé que seremos buenas amigas. Créame que la conozco. Juan Luis habla tanto de usted que a veces hasta siento celos. Ojalá pueda venir a vernos algún día. Juan Luis ha hecho muy buena carrera y todos lo quieren mucho. Ginebra es chica pero agradable. Nos hemos encariñado con la ciudad por los motivos que podrá adivinar y aquí haremos nuestra vida. Todavía podré trabajar varios meses; estoy sólo en el segundo mes del embarazo. Su hermana, Claire.»

Y del sobre cayó la nueva foto. Has engordado y me lo adviertes en el reverso: «Demasiada fondue, hermanita.» Y te estás quedando calvo, igual que papá. Y ella es muy hermosa, muy Botticelli, con su cabello largo y rubio y una boina muy coqueta. ¿Te has vuelto loco, Juan Luis? Eras un joven hermoso cuando saliste de México. Mírate. ¿Te has visto? Cuida la dieta. Sólo tienes veintisiete años y pareces de cuarenta. ¿Y qué lees, Juan Luis, qué te preocupa? ¿Los crucigramas? No puedes traicionarte, por favor, sabes que yo dependo de ti, de que tú crezcas conmigo; no te puedes quedar atrás. Prometiste que ibas a seguir estudiando allá; se lo dijiste a papá. Te está cansando el trabajo de rutina. Sólo tienes ganas de llegar a tu apartamento y leer el periódico y quitarte los zapatos. ¿No es cierto? No lo dices, pero yo sé que es cierto. No te arruines, por favor. Yo he seguido fiel. Yo mantengo viva nuestra niñez. No me importa que estés lejos. Pero tenemos que seguir unidos en lo que importa; no podemos conceder nada a lo que nos exige ser otra cosa, ¿recuerdas?, fuera del amor y la inteligencia y la juventud y el silencio. Quieren deformarnos, hacernos como ellos; no nos toleran. No sirvas, Juan Luis, te lo ruego, no olvides lo que me dijiste aquella tarde en el café de Mascarones. Una vez que se da el primer paso en esa dirección, todo está perdido; no hay regreso. Tuve que enseñarle tu carta a nuestros padres. Mamá se puso muy mala. La presión. Está en Cardiología. Espero no darte una mala noticia en mi siguiente. Pienso en ti, te recuerdo, sé que no me fallarás.

Llegaron dos cartas. Primero la que me dirigiste, diciéndome que Claire había abortado. Luego la que le enviaste a mamá, anunciando que ibas a casarte con Claire dentro de un mes. Esperabas que todos pudiéramos ir a la boda. Le pedí a mamá que me dejara guardar su carta junto con las mías. Las puse al lado y estudié tu letra para saber si las dos estaban escritas por la misma persona.

«Fue una decisión rápida, Claudia. Le dije que era prematuro. Somos jóvenes y tenemos derecho a vivir sin responsabilidades por algún tiempo. Claire dijo que estaba bien. No sé si comprendió todo lo que le dije. Pero tú sí, ¿verdad?»

«Quiero a esta muchacha, lo sé. Ha sido buena y comprensiva conmigo y a veces hasta la he hecho sufrir; ustedes no se avergonzarán de que quiera compensarla. Su padre es viudo; es ingeniero y vive en Neuchatel. Ya está de acuerdo y vendrá a la boda. Ojalá que tú, papá y Claudia puedan acompañarnos. Cuando conozcas a Claire la querrás tanto como yo, mamá.»

Tres semanas después Claire se suicidó. Nos llamó por teléfono uno de tus compañeros de trabajo; dijo que una tarde ella pidió permiso para salir de la oficina; le dolía la cabeza; entró a un cine temprano y tú la buscaste esa noche, como siempre, en el apartamento, la esperaste y luego te lanzaste por la ciudad pero no la pudiste encontrar; estaba muerta en el cine, había tomado el veronal antes de entrar y se había sentado sola en primera fila, donde nadie podía molestarla; llamaste a Neuchatel, volviste a recorrer las calles, los restaurantes y te sentaste en La Clémence hasta que cerraron. Sólo al día siguiente te llamaron de la morgue y fuiste a verla. Tu amigo nos dijo que debíamos ir por ti, obligarte a regresar a México: estabas enloquecido de dolor. Yo le dije la verdad a nuestros padres. Les enseñé la última carta tuya. Ellos se quedaron callados y luego papá dijo que no te admitiría más en la casa. Gritó que eras un criminal.

Termino el café y un empleado señala hacia donde estoy sentada. El hombre alto, con las solapas del abrigo levantadas, asiente y camina hacia mí. Es la primera vez que veo ese rostro tostado, de ojos azules y pelo blanco. Me pide permiso para sentarse y me pregunta si soy tu hermana. Le digo que sí. Dice que es el padre de Claire. No me da la mano. Le pregunto si quiere tomar un café. Niega con la cabeza y saca una cajetilla de cigarros de la bolsa del abrigo. Me ofrece uno. Le digo que no fumo. Trata de sonreír y yo me pongo los anteojos negros. Vuelve a meter la mano a la bolsa y saca un papel. Lo coloca, doblado, sobre la mesa.

—Le he traído esta carta.

Trato de interrogarlo con las cejas levantadas.

—Tiene su firma. Está dirigida a mi hija. Estaba sobre la almohada de Juan Luis la mañana que lo encontraron muerto en el apartamento.

—Ah sí. Me pregunté qué habría sido de la carta. La busqué por todas partes.

—Sí, pensé que le gustaría conservarla —ahora sonríe como si ya me conociera —. Es usted muy cínica. No se preocupe. ¿Para qué? Ya nada tiene remedio.

Se levanta sin despedirse. Los ojos azules me miran con tristeza y compasión. Trato de sonreír y recojo la carta. El altoparlante:

—... le départ de son vol numéro 707... Paris, Gander, New York et Mexico... priés de se rendre à la porte numéro 5.

Tomo mis cosas, me arreglo la boina y bajo a la puerta de salida. Llevo la bolsa y el estuche en las manos y el pase entre los dedos, pero logro, entre la puerta y la escalerilla del avión, romper la carta y arrojar los pedazos al viento frío, a la niebla que quizá los lleve hasta el lago donde te zambullías, Juan Luis, en busca de un espejismo.

Malintzin de las maquilas

A Enrique Cortazar, Pedro Garay y Carlos Salas-Porras

A Marina la nombraron así por las ganas de ver el mar. Cuando la bautizaron, sus padres dijeron a ver si a ésta sí le toca ver el mar. En la ranchería, en el desierto del Norte, los jóvenes se juntaban con los viejos y los viejos contaban que de jóvenes sus viejos les habían dicho, ¿cómo será el mar?, ninguno de nosotros ha visto nunca el mar.

Ahora que el helado sol de enero se levanta, Marina sólo ve las aguas flacas del Río Grande y el sol lo siente todo tan frío que quisiera volverse a meter entre las cobijas pardas del desierto por donde se asoma.

Son las cinco de la mañana y ella tiene que estar en la fábrica a las siete. Se ha retrasado. La retrasó anoche el amor con Rolando, ir con él del otro lado del río a El Paso Texas y regresar tarde, sola y tiritando por el puente internacional a su casita de una sola pieza con retrete en la colonia Bellavista de Ciudad Juárez.

Rolando se quedó en la cama con un brazo cruzado detrás de la nuca y el celular en la otra mano, pegado a la oreja, mirando a Marina con satisfacción cansada y ella no le pidió que la llevara de regreso, lo vio tan cómodo, tan niño, tan acurrucado y también tan abierto, tan húmedo y calientito. Lo vio sobre todo listo para iniciar el trabajo, haciendo llamadas en el celular desde tempranito, al que madruga Dios lo ayuda, más si se es mexicano que hace negocios de los dos lados de la frontera.

Se miró en el espejo antes de salir. Era una belleza dormilona. Todavía tenía pestañas gruesas, de niña. Suspiró. Se puso la chamarra azul de pluma de ganso que tan mal iba con su minifalda pues la chamarra le colgaba hasta las rodillas y la minifalda le llegaba al muslo. Sus zapatos tenis de trabajo los guardó en un morral y se lo colgó al hombro. Iba al trabajo con zapatos de tacón alto y puntiagudo, aunque a veces se le hundieran en el lodo o se le quebraran en las piedras, al contrario de las gringas que caminaban al trabajo con Keds y en la oficina se ponían los tacones altos. Marina en cambio no sacrificaba sus zapatos elegantes por nada, nadie la iba a ver nunca en chanclas como india apache.

Alcanzó el primer camión por la calle del Cadmio y como todas las mañanas trató de mirar más allá del barrio de terrones y de esas casuchas que parecían

salidas de la tierra. Todos los días, sin falta, trataba de mirar hacia el horizonte grandísimo, el cielo y el sol le parecían sus protectores, eran la belleza del mundo, el cielo y el sol eran de Todos y no costaban nada, ¡cómo iban a hacer las gentes comunes y corrientes algo tan bonito como eso, todo lo demás tenía que ser feo por comparación: el sol, el cielo... y, decían, el mar!

Siempre acababa viendo hacia los barrancos que se iban derrumbando hacia el río y que le atraían la mirada con la ley de la gravedad, como si hasta dentro del alma todas las cosas anduvieran siempre cayéndose. Ya desde esta hora, las barrancas de Juárez parecían hormigueros. La actividad de los barrios más pobres empezaba temprano y se confundía con el enjambre que desde las casuchas y el declive se iba desparramando hasta la orilla del río angosto y allí intentaba cruzar al otro lado. Entonces ella volteaba la cara sin saber si lo que veía la molestaba, la avergonzaba, la hacía compadecerse o sentir ganas de imitar a los que se iban del otro lado.

Mejor fijó los ojos en un ciprés solitario hasta que ya no pudo verlo.

El ciprés quedó atrás y Marina sólo vio concreto, muros y más muros de concreto, una larguísima avenida encajonada entre el concreto. El camión se detuvo en un campo donde los muchachos en calzones cortos jugaban fútbol para calentarse y cruzó tiritando el baldío hasta encontrar la siguiente parada del camión.

Tomó asiento junto a su amiga Dinorah que venía vestida de suéter colorado y blue jeans con zapatillas sin tacón. Marina abrazó su morral pero cruzó la pierna para que Dinorah y los demás pasajeros vieran sus finos zapatos de tacones altos con hebilla de pulsera en el tobillo.

Se dijeron lo de siempre, cómo está el niño, con quién lo dejaste. Antes, la pregunta de Marina irritaba a Dinorah, se hacía la desentendida, se atareaba sacando un chicle de la bolsa o acariciándose el pelo de chinitos cortos y anaranjados. Luego se dio cuenta de que todas las mañanas de la vida se iba a topar con Marina en el camión y contestó rápidamente, la vecina lo va a llevar a la guardería.

—Hay tan pocas —decía Marina.

—¿Qué?

—Guarderías.

—Aquí nada alcanza para nada, chavalona.

No iba a decirle a Dinorah que se casara, porque la única vez que lo hizo ella le contestó con grosería, cástate tú primero, ponme el ejemplo, huisa. No le iba a insistir que las dos eran solteras pero Marina no tenía hijos, un hijo, ésa era la diferencia, ¿no necesitaba un padre el niño?

—¿Para qué? Aquí los hombres no trabajan. ¿Quieres que mantenga a dos en lugar de uno?

Marina le dijo que con un hombre en casa podría defenderse mejor de los jaraseros sexuales de la fábrica. Se metían mucho con Dinorah porque la veían

indefensa, nadie daba la cara por ella. Esto fastidió mucho a Dinorah y le dijo a Marina que de veras quería llevarse a toda madre con ella porque Dios les había asignado el mismo camión, pero que si seguía dando consejos no pedidos, de plano iban a dejar de hablarse y que no se hiciera la mosquita muerta.

—Yo tengo a Rolando —dijo Marina y Dinorah se murió de risa, todas tienen a Rolando, Rolando tiene a todas, ¿qué te crees, pendeja? y como Marina se soltó chillando y las lágrimas no le rodaron por las mejillas sino que se juntaron todititas en las pestañas, a Dinorah le dio pena, sacó un klínex de la bolsa, abrazó a Marina y le limpió los ojos.

—Por mí no te preocupes, chula —dijo Dinorah—. Yo me sé defender de todos los tentones de la fábrica. Y si me exigen un acostón para ascender, mejor me cambio de fábrica, total aquí nadie asciende para arriba, nomás nos movemos para los lados, como las cangrejitas.

Marina le preguntó a Dinorah si había rotado mucho, éste era su primer trabajo pero oía que las muchachas se cansaban pronto de una ocupación y se iban a otra. Dinorah le dijo que después de nueve meses de hacer lo mismo, te empezaba a doler la cintura y se te amolaba la columna.

Tuvieron que bajarse a tomar el siguiente camión.

—Tú también vienes retrasada.

—Supongo que por las mismas razones que tú —rió Dinorah y las dos se tomaron de la cintura y se rieron juntas.

La plaza estaba muy animada ya, con sus toldos y tendajones variados. Todo mundo despedía el humo del invierno por la boca y los marchantes exponían sus mercancías o colgaban sus anuncios a lo que vino vino a comerse sus elotes con Avelino y ellas se detuvieron a comprar dos elotes enchilados y todavía escurridos de agua caliente y mantequilla derretida, sabrosísimos. Se rieron de un anuncio. Tome Macho Minas Para Hombres Débiles de Sexo y Dinorah le preguntó a Marina si ella había conocido uno solo así. Marina dijo que no, pero no era eso lo importante, sino escoger una al hombre que quiere. ¿Que una quiere? Bueno, que le gusta a una. Dinorah dijo que los únicos hombres con el pito aguado eran casi siempre los más echadores, los que las perseguían y trataban de aprovecharse de ellas en las fábricas.

—Rolando no. Él es muy macho.

—Eso ya me lo contaste. ¿Y qué más tiene?

—Un celular.

—Ah —peló de burla los ojos Dinorah pero no dijo nada más porque el camión se detuvo y subieron para viajar el último tramo hasta la maquiladora. Llegó corriendo una muchacha muy flaca pero guapa con una belleza aguileña poco corriente por aquí y vestida con hábito carmelita y sandalias. Se sentó frente a ellas. Le preguntó a Dinorah si no le daban frío sus piesecitos en invierno sin calcetincitos ni nada, así. Ella se sonó la nariz y dijo que era una manda que sólo tenía chiste en

la escarcha, no en el summer.

—¿Se conocen? —dijo Dinorah.

—De lejos —dijo Marina.

—Ésta es Rosa Lupe. No la reconoces cuando se le mete lo santo. Te juro que normalmente es muy diferente. ¿Por qué hiciste manda?

—Por mi famullo.

Les contó que ella llevaba cuatro años en la maquila y su marido —su famullo— seguía sin dar golpe. El pretexto eran los niños, ¿quién los iba a cuidar? —Rosa Lupe miró sin mala intención a Dinorah—. El famullo se quedaba en casa cuidando a los niños pues por lo visto hasta que crecieran.

—¿Lo mantienes? —dijo Dinorah para vengarse de la alusión de Rosa Lupe.

—Pregunta en la fábrica. La mitad de las que chambeamos allí mantenemos el hogar. Somos lo que se llama jefecitas de familia. Pero yo tengo famullo. Por lo menos no soy madre soltera.

Para evitar el pleito de comadres Marina dijo que ya entraban a la parte bonita y las tres miraron los cipreses alineados a ambos lados de la carretera sin hablarse más; esperando nomás la aparición bellísima que no dejaba de asombrarlas todos los días a pesar de la costumbre, la fábrica montadora de televisores a color, un espejismo de vidrio y acero brillante, como una burbuja de aire cristalino, era como trabajar rodeadas de pureza, de brillo, casi de fantasía, tan limpia y moderna la fábrica, el parque industrial como decían los managers, las maquiladoras que le permitían a los gringos ensamblar textiles, juguetes, motores, muebles, computadoras y televisores con partes fabricadas en los EEUU, ensambladas en México con trabajo diez veces menos caro que allá, y devueltas al mercado norteamericano del otro lado de la frontera con el solo pago de un impuesto al valor añadido: de esas cosas ellas no sabían mucho, Ciudad Juárez era simplemente el lugar de donde llamaba el trabajo, el trabajo que no existía en las rancherías del desierto y la montaña, el que era imposible hallar en Oaxaca o Chiapas o en el mismísimo DF, aquí estaba a la mano, y aunque el salario era diez veces menos que en los EEUU, era diez veces más que nada en el resto de México: esto se cansaba de explicarles la Candelaria, una mujer de treinta años, más que gorda, cuadrada, con las mismas dimensiones por los cuatro costados, que no había renunciado a una vestimenta campesina tradicional, aunque era difícil saber de qué región, pues la convencida, seria, pero sonriente Candelaria usaba un poquito de todo, trenzas de columpio con estambres huicholes, huipiles yucatecos, faldas tehuanas, cinturones tzotziles y unos huaraches con suela de llanta Goodrich que se encuentran en todos los mercados, y como era la amante del líder sindical antigobiernista, sabía de lo que hablaba y el milagro era que no la hubieran corrido de plano de todas las maquiladoras, pero la Candelaria les ganaba siempre la partida, era la amita de la rotación, cada seis meses cambiaba de plaza y cada vez que lo hacía su patrón suspiraba porque la agitadora se iba y porque la rotación ya era para los

empresarios sinónimo de escasa o nula conciencia política, no alcanzaba el tiempo para alborotar a nadie y la Candelaria nomás meneaba las trenzas de la risa y seguía sembrando conciencia aquí y allá, cada seis meses: tenía treinta años, llevaba quince en las maquilas, no quería amolarse la salud, ya había trabajado en una fábrica de pinturas y los solventes la habían enfermado —mira que pasarse nueve meses enlatando pintura para acabar pintada por dentro, eso dijo entonces— y es cuando conoció a Bernal Herrera, un hombre maduro que por eso le gustó a la Candelaria, maduro pero con ojos tiernos y manos vigorosas, moreno, cano, con bigote y anteojos, y Bernal le dijo Candelaria aquí no le dan agua ni al gallo de la pasión, lo que uno necesita debe ganárselo a pulso, aquí declaran los costos y utilidades que se les antoja, aquí no hay seguros por riesgo de trabajo, ni medicaciones, ni pensión, ni compensaciones por dote, maternidad o muerte, nos están haciendo el gran favor, eso es todo, nos están dando trabajo, muchas gracias y a callarse la boca, pero tú de vez en cuando deja caer tres palabritas, Candelaria de mi vida, three little words como dice el fox, huelga de coalición, huelga de coalición, huelga de coalición, repítelo tres veces como en una letanía, mi dulce Cande, y vas a ver cómo se ponen pálidos, te prometen aumentos, te ofrecen igualas, te respetan tus opiniones, te animan a cambiar de fábrica: hazlo, mi amorcito, mira que prefiero verte rotada que no muerta...

—Es tan bonito este lugar —suspiró Marina, evitando pisar con sus zapatos de stileto los prados verdes con la advertencia doble: NO PISE EL PASTO / KEEP OFF THE GRASS.

—Si hasta parece Disneylandia —dijo Dinorah entre seria y risueña.

—Sí, pero llena de ogros que se comen a las princesitas inocentes como ustedes —les dijo con una sonrisa sarcástica la Candelaria, a sabiendas de que sus ironías no rifaban entre estas mensas. Pero las quería, de todos modos.

Se pusieron las batas azules reglamentarias y tomaron sus lugares frente a los esqueletos de las televisoras, dispuestas a hacer el trabajo en serie, la Candelaria el chasis, la Dinorah la soldadura, Marina estrenándose apenas para reparar soldaduras, y la Rosa Lupe fijándose en los defectos, los alambres sueltos, las coronas dañadas, mientras le decía a la Cande, oye, ya estuvo suave de tratarnos como pendejas, ¿no?, y no pongas esa cara de santa, siempre dándonos lecciones, siempre despreciándonos, ¿yo?, peló tremendos ojos la Candelaria, oye Dinorah, dime si aquí hay alguna más taruga que yo, la Candelaria, cargada de obligaciones, me vine de la ranchería, me traje a los hijos, luego a los hermanos, luego a mi papacito, ¿eso es ser muy abusada?, ¿tú crees que me alcanza?

—¿Tu líder no te da para el gasto, Candelaria?

La cuadrada le mandó un toque eléctrico a Dinorah, era una treta que ella se sabía, Dinorah chilló y llamó cabrona a la gorda, ésta nada más se rió y dijo que cada una tenía su telenovela que contar, mejor se llevaban bien, ¿qué no? para pasar las horas juntas y no morir de aburrición, ¿qué no?

—¿Para qué te trajiste a tu papacito?

—Por el recuerdo —dijo la Candelaria.

—Los viejos sobran —dijo sordamente Dinorah.

Todas venían de otro lado. Por eso se entretenían contándose historias sorprendentes sobre sus orígenes, sobre las combinaciones familiares, las cosas que las diferenciaban y, a veces, también, se admiraban de que coincidieran en tanto, familias, pueblos, parentescos. Pero todas estaban divididas por dentro: ¿era mejor dejar atrás todo eso, borrar la memoria, resolverse a empezar una nueva vida aquí en la frontera?, ¿o era necesario alimentar el alma con el recuerdo, canturrear a José Alfredo Jiménez, sentir la tristeza del pasado, convenir en que el desamor es la muerte del alma? A veces se miraban sin hablarse, todas las amigas, las camaradas, Candelaria que era quien más tiempo llevaba en la maquila, Rosa Lupe y Dinorah que llegaron al mismo tiempo, Marina que era la más verdecita, entendiendo que no era preciso decirse nada para decirse esto, que todas necesitaban amor pero no recuerdos, y que sin embargo era imposible separar el recuerdo y el cariño, estaba canija la cosa. La que mejor llevaba la cuenta de las historias era la Candelaria, y su conclusión era que todas venían de otra parte, ninguna de ellas era fronteriza, le gustaba preguntarles de dónde venían, a ellas les costaba hablar de eso, sólo con la Candelaria como que tenían confianza, se atrevían a enlazar amor y memoria y la Candelaria quería mantener viva esa pareja, sentía que era importante, no condenarse al olvido, ni al desamor que es muerte del alma, volvió a canturrear con el inolvidable José Alfredo, como decían los programas de radio.

—Del ejido «Venustiano Carranza».

—De aquí de Chihuahua, tierra adentro.

—No, del campo no, de una ciudad más chiquita que Juárez.

—Uy, desde Zacatecas.

—Uy, desde La Laguna.

—Mi papá se encargó de todo el movimiento —dijo Rosa Lupe la aguileña vestida de carmelita—. Dijo que el ejido ya no daba para más. La tierra se iba haciendo más chica y más seca cada vez que la dividíamos entre el montón de hermanos. Yo siempre fui activa, muy activa. En el ejido me encargaba de que estuvieran limpias las calles y pintadas de blanco las paredes, me gustaba preparar el papel picado para las fiestas, traer a los músicos, organizar los coros de los niños. Mi papá dijo que era yo demasiado lista para quedarme en el campo. Él mismo me trajo a la frontera, cuando tenía quince años. Mi madre se quedó en el ejido con los hermanitos más chicos. No se anduvo por las ramas mi padre. Me dijo que aquí yo iba a ganar en un mes diez veces más que toda la familia en el ejido. Yo era muy activa. No me iba a pesar. Mientras él se quedó aquí, me resigné. Él era como la continuidad de mi vida en el pueblo. No le dije que extrañaba la tierra, mi mamá, mis hermanitos, las fiestas religiosas, la Candelaria cuando se viste al niño Dios, la Santa Cruz y su coheterío tan alegre pero tan miedoso, el Miércoles de Ceniza

cuando todo el pueblo trae su cruz de carbón en la frente, la Semana Santa cuando salen los judíos con sus barbas blancas y sus narizotas y sus abrigos negros a hacer travesuras contra los cristianos, todo, las posadas, los reyes, lo echaba todo de menos. Aquí busco esas fechas en el calendario, tengo que recordarlas, allá no, allá las fiestas llegaban sin necesidad de recordarlas, ¿me entienden? Pero mi papá me instaló aquí en Juárez en una casita de una pieza en la colonia Bellavista y me dijo: «Trabaja mucho y encuéntrate un hombre. Eres la más lista de la familia.» Y se fue.

—Yo no sé qué es mejor —dijo enseguida la Candelaria—. Ya les dije, yo vivo cargada de obligaciones. Cuando me vine a la frontera, me traje a mis hijos. Luego llegaron mis hermanos. Finalmente mis padres se animaron. Es mucha carga para mi sueldo y cuidado con hacerme bromas, pinche Dinorah. Lo que nos dan nuestros hombres lo merecemos. Lo que me da mi padre es de pilón, es el recuerdo. Mientras mi padre esté en la casa, ya no olvidaré. Vieran qué bonito es tener cosas que recordar.

—No es cierto —dijo Dinorah—. Los recuerdos nomás duelen.

—Pero es dolor del bueno —contestó la Candelaria.

—Pues yo sólo conozco del malo —siguió Dinorah.

—Es que no tienes con qué compararlo, no te das a ti misma el chance de almacenar tus buenos recuerdos del pasado.

—Las alcancías son para los puerquitos —dijo irritada Dinorah.

Rosa Lupe iba a decir algo cuando se acercó la supervisora, una cuarentona muy alta con ojos de canica y labios como ejote, y se puso a regañar a la guapa y aguileña carmelita, estaba violando los reglamentos, qué se creía viniendo al trabajo vestida de milagrosa, ¿no sabía que había que usar la bata azul por reglamento, por seguridad, por higiene?

—Tengo hecha una manda, super —dijo muy digna Rosa Lupe.

—Aquí no hay más manda que mis ovarios —dijo la supervisora—. Anda, quítate ese ropón y ponte la bata azul.

—Está bien. Voy al baño.

—No señora, usted no va a interrumpir el trabajo con sus santurronerías. Usted se me cambia aquí mismito.

—Es que no traigo nada debajo.

—A ver —dijo la supervisora y agarró a Rosa Lupe de los hombros, le arrancó el hábito, se lo bajó violentamente hasta la cintura, dejó que brotaran los espléndidos senos de Rosa Lupe, y sin contenerse la mujer de ojos de canica los cerró y se fue con los labios de ejote sobre los levantados pezones color de rosa de la guapa carmelita, que no pudo reaccionar de la sorpresa, hasta que la Candelaria agarró de la permanente a la super, la insultó, la separó y Dinorah le dio una patada en el culo a la puerca y Marina se acercó rápidamente a Rosa Lupe y la cubrió con las manos, sintiendo con emoción cómo le palpitaba el corazón a su amiga, cómo se le excitaban sin querer los pezones.

Llegó otro supervisor hombre a separarlas, poner el orden, reírse de su colega, no me andes quitando a mis novias, Esmeralda, le dijo a la supervisora despeinada y enardecida como un jitomate frito, déjame a mí estas chuladas, tú búscate un macho.

—No te burles de mí, Herminio, me las vas a pagar —dijo la aporreada Esmeralda retirándose con una mano en la frente y la otra en la barriga—. No te metas en mis terrenos.

—¿Me vas a reportear?

—No, nomás te voy a chingar.

—Ándenle, muchachas —sonrió el supervisor Herminio, lampiño como un piloncillo y del mismo color—. Voy a adelantar la hora del recreo, vayan y tómense un refresco, y piensen bien de mí.

—¿Vas a cobrarte el favor? —dijo Dinorah.

—Ustedes caen solitas —sonrió libidinosamente Herminio.

Compraron sus pepsis y se sentaron un rato frente al césped tan bonito de la fábrica —KEEP OFF THE GRASS— esperando a Rosa Lupe que reapareció acompañada por Herminio, muy satisfecho el supervisor. La obrera venía con la bata azul.

—Parece el gato que se comió al ratón —dijo la Candelaria cuando Herminio se retiró.

—Le permití que me viera cambiarme de ropa. Prefiero que lo sepan. Lo hice por agradecimiento. Prefiero ser yo la que decide. Me prometió no molestarnos a ninguna y protegernos de la cabrona de Esmeralda.

—Uy, con qué poquito se... —empezó a decir Dinorah pero Candelaria la calló con la mirada, y las demás bajaron la suya sin imaginarse que desde el alto mirador de la gerencia, cuyos vidrios opacos permitían mirar hacia afuera sin ser vistos hacia adentro, el dueño mexicano de la empresa, don Leonardo Barroso, observaba al grupo de trabajadoras y le repetía al grupo de inversionistas norteamericanos aquello de benditos entre las mujeres, pues las maquiladoras empleaban ocho mujeres por cada hombre, las liberaban del rancho, de la prostitución, incluso del machismo —sonrió ampliamente don Leonardo—, pues la trabajadora se convertía rápidamente en la ganapán de la casa, la jefa de familia adquiría una dignidad y una fuerza que pues liberaban a la mujer, la independizaban, la modernizaban y eso también era democracia, ¿no le parecía a los socios texanos? Además —don Leonardo acostumbraba estos pep-talks periódicos para calmar los ánimos de los yanquis y darles buena conciencia—, estas trabajadoras, como ésas que allí ven sentadas junto al pasto bebiendo refrescos, se integraban a un crecimiento económico dinámico, en vez de vivir deprimidas en el estancamiento agrario de México. Había cero, exactamente cero maquilas en la frontera en 1965 con Díaz Ordaz, diez mil en el 72 con Echeverría, treinta y cinco mil en el 82 con López Portillo, ciento veinte mil en el 88 con De la Madrid, ciento treinta y cinco mil ahora en el 94 con Salinas, y generando doscientos mil empleos conexos.

—Se puede medir el progreso del país por el progreso de las maquiladoras —

exclamó satisfecho el señor Barroso.

—Debe haber problemas —dijo un yanqui más seco que una pipa de mazorca amarilla—. Siempre hay problemas, señor Barroso.

—Llámeme Len, señor Murchinson.

—Y yo Ted.

—¿Problemas de trabajo? Los sindicatos no están autorizados.

—Problemas de falta de lealtad, Len. Yo siempre he trabajado con la lealtad de mis trabajadores. Aquí sé que las trabajadoras duran seis, siete meses, y se mudan a otra empresa.

—Claro, todas quieren irse con los europeos porque las tratan mejor, corren o castigan a los supervisores abusivos, les dan lonches de lujo, qué sé yo, puede que hasta las manden de vacaciones a ver tulipanes a Holanda... Trate de hacer eso y las ganancias van a reducirse, Ted.

—Así no trabajamos en Michigan. Los obreros se desarraigan, aumentan los gastos de agua, vivienda, servicios. Puede que los holandeses tengan razón.

—Todos rotamos —dijo alegremente Barroso—. Ustedes mismos, si en México les ponemos normas de medio ambiente, se van. Si aplicamos estrictamente la Ley Federal del Trabajo, se van. Si hay un boom de las industrias de guerra, se van. ¿Usted me habla de rotación? Es la ley del trabajo. Si los europeos prefieren la calidad de la vida a los beneficios, allá ellos. Que los subsidie la CEE.

—No me has contestado, Len. ¿Qué pasa con el factor lealtad?

—Los que quieren mantener un cuerpo leal de trabajadores, que hagan como yo. Les ofrecemos bonos para que se queden. Pero la demanda es grande, las muchachas se aburren, no ascienden para arriba, de manera que cambian horizontalmente, se hacen la ilusión de que al cambiar mejoran. Eso genera algunos gastos, Ted, tienes razón, pero nos evita otros. Nada es perfecto. Pero la maquila no es una suma-cero, sino una suma-suma. Todos salimos ganando.

Rieron un poco y un hombre de cabeza entrecana y pelo largo restirado en cola de caballo entró a servirles sus cafecitos.

—Para mí sin azúcar, Villarreal —le dijo don Leonardo al servidor.

—Ahora bien, Ted —continuó Barroso—. Tú eres nuevo en este asunto pero seguramente tus socios norteamericanos te han dicho cuál es el verdadero negocio.

—No me parece mal tener una empresa nacional que le vende a un solo comprador asegurado. Eso no lo tenemos en los Estados Unidos.

Barroso le pidió a Murchinson que mirara para afuera, más allá del grupito de trabajadoras bebiéndose sus pepsis, que mirara al horizonte, le dijo, los empresarios yanquis siempre han sido hombres de visión, no cuentachiles provincianos como en México, ¡qué horizonte más grande veían desde aquí!, ¿verdad?, Texas era del tamaño de Francia, México, que parecía tan chiquito junto a los US of A, era seis veces más grande que España, cuánto espacio, cuánto horizonte, qué inspiración —casi suspiró Barroso.

—Ted: el verdadero negocio no son las maquilas. Es la especulación urbana. El sitio de las fábricas. Los fraccionamientos. Los parques industriales. ¿Viste mi casa en Campazas? Se ríen de ella. La llaman Disneylandia. El que se ríe soy yo. Estos terrenos los compré a cinco centavos metro cuadrado. Ahora valen mil dólares metro cuadrado. Allí está el negocio. Te lo advierto. Éntrale.

—Soy todo oídos, Len.

—Las muchachas tienen que viajar más de una hora en dos camiones para llegar hasta aquí. Lo que nos conviene es crear otro polo al mero oeste de esta fábrica. Lo que nos conviene es comprar los terrenos de la colonia Bellavista. Son un andurrial, puras chozas de mierda. En cinco años, valdrán mil veces más.

Ted Murchinson estuvo de acuerdo en poner el dinero con Leonardo Barroso al frente, porque la Constitución mexicana prohíbe a los gringos tener propiedades en las fronteras. Se habló de fideicomisos, de acciones, de porcentajes mientras Villarreal servía los cafés bien aguados, como les gustaban a los gringos.

—Mi famullo lo que quiere es que deje la maquila y me junte con él para el comercio, así nos vemos más y nos alternamos en el cuidado del niño. Es la única cosa valiente que me ha propuesto, pero yo sé que en el fondo es tan cobarde como yo. La maquila es lo seguro, pero mientras yo trabajo aquí, él está atado a la casa.

Esto lo dijo Rosa Lupe pero algo en sus palabras agitó terriblemente a Dinorah, se descompuso toditita y pidió permiso para ir al baño. La supervisora Esmeralda, para evitar nuevos conflictos, no se opuso. A veces decía vulgaridades espantosas cuando las muchachas pedían ir al baño.

—¿Y ora ésa? —dijo la Candelaria y se arrepintió. Era una ley no escrita que ellas no andaban averiguando qué les pasaba, por dentro, a las demás. Lo que les pasaba afuera, pues se notaba y podía comentarse, sobre todo con ánimo guasón. Pero el alma, eso que las canciones llaman el alma...

Canturreó Candelaria y se le unieron Marina y Rosa Lupe:

«Me volvió loca tu manera de ser / Tu egoísmo y tu soledad / Son joyas en la noche / De mi mediocridad...»

Entre que se rieron y se pusieron tristes, pero Marina pensó en Rolando, en qué andaría haciendo en las calles de Juárez y El Paso, era un hombre con un pie allá y otro acá de este lado, unido a Juárez y El Paso por su celular.

—No me llames a casa de noche, mejor llámame al coche, llámame a mi celular —le había dicho a Marina al principio, pero cuando ella le pidió el número, Rolando se excusó.

—Me tienen fichado con mi celular —le explicó—. Si entra una llamada tuya, puedo comprometerte.

—¿Entonces cómo nos vamos a ver?

—Tú ya sabes, todos los jueves en la noche en los courts del otro lado...

¿Y los lunes, los martes, los miércoles, qué? Todos trabajamos, le decía Rolando, la vida es dura, hay que ganarse los frijoles, una noche de amor, ¿te das cuenta?, hay

gente que ni eso tiene... ¿Y los sábados, y los domingos? La familia, decía Rolando, los fines de semana son para la familia.

—Yo no tengo, Rolando. Estoy solita.

—¿Y los viernes? —replicaba como de rayo Rolando, era rápido, eso ni quién se lo quitara, sabía que Marina se confundía apenas se mencionaba el viernes.

—No. Los viernes salgo con las muchachas. Es nuestro día de amigas.

Rolando no tenía que añadir nada y Marina esperaba ansiosa el jueves para cruzar por el puente internacional, mostrar su tarjeta, tomar un bus que la dejaba a tres cuadras del motel, detenerse en la fuente de sodas a tomarse una malteada de chocolate con su cerecita de copete que sólo del lado gringo las sabían preparar y llegar así, fortalecida de cuerpo, adormecida de alma, a brazos de Rolando, su Rolando...

—¿Tu Rolando? ¿Tuyo? ¿De todas?

Las burlas de las muchachas sonaban en sus oídos mientras trenzaba los alambres negros, azules, amarillos, rojos, toda una bandera interior que proclamaba la nacionalidad de cada televisor, assembled in Mexico, qué orgullo, ¿cuándo le pondrían fabricado por Marina, Marina Alva Martínez, Marina de las Maquilas? Pero ni ese orgullo de su trabajo, ese sentimiento huido de que hacía algo que valía la pena, no un trabajo inútil, borraba el sentimiento de celos que le daba Rolando, Rolando y sus conquistas, todas lo insinuaban, a veces lo decían, Rolando el hombre de todas y si era así, pues qué bueno que a ella le tocaba un cachito del amor que ese galán a todo dar, bien vestido, con trajes color avión, que relucían hasta de noche, su pelo tan bien cortado, no de jipi, sin patillas, negro como su bigotillo tan fino y bien peinado, su tez parejamente oliva, sus ojos soñadores y su celular pegado a la oreja, todos lo habían visto, en restaurantes de lujo, enfrente de almacenes famosos, en el mero puente, siempre con su celular pegado a la oreja, arreglando bisnes, conectando, negociando, conquistando al mundo, Rolando, con su corbata marca Hermés y su traje de color jet, arreglando al mundo, ¿cómo iba a darle más de una noche a la semana a Marina, la recién llegada, la más simple, la más humilde?, él, un hombre tan solicitado, ¿el bato más chingón?

—Ven —le dijo cuando, la tercera vez que se vieron en el motel, ella lloró y le hizo una escena de celos—. Ven y siéntate frente a este espejo.

Ella sólo vio que las lágrimas se le juntaban en las pestañas gruesas, de niña aún.

—¿Qué ves en el espejo? —le dijo Rolando, de pie detrás de ella, inclinado hacia el rostro de ella, acariciándole los hombros desnudos con esas manos suaves, cafecitas, llenas de anillos.

—Yo. Me miro yo, Rolando. ¿Qué te pasa?

—Sí. Mírate, Marina. Mira a esa muchacha bellísima, con pestañas tupidas y ojitos de capulín, mira la belleza de esos labios, la naricita perfecta, los hoyuelos divinos, mira todo eso, Marina, mira a esa muchacha preciosa y luego mírame a mí

cuando me pregunto, ¿cómo puede sentir celos esta muchacha tan linda, cómo puede creer que a Rolando le guste otra, acaso no se ve en el espejo, acaso no se da cuenta de lo linda que es? ¿Cómo voy a traicionarla yo? ¡Qué poca confianza en sí misma tiene Marina! Rolando Rozas debe educarla.

Entonces las lágrimas le rodaban, pero de pena y felicidad y se abrazaba al cuello de Rolando, pidiéndole perdón.

Hoy era viernes, pero un viernes diferente. Algo le dijo Villarreal, el mozo de la gerencia, a la Candelaria cuando iban saliendo de la armadora que la excitó y la descompuso, ella por lo común tan tranquila. Rosa Lupe, por más que fingiera compostura, estaba alterada por dentro, mancillada por Esmeralda que la humilló y Herminio que la protegió y salió tratando de entender cuál de los dos era peor, si la vieja bestial o el joven libidinoso y Dinorah traían algo adentro, Marina trataba de repasar todas las conversaciones del día para ver qué cosa había inquietado tanto a la Dinorah, era una mujer buena, su cinismo era pura pose, se defendía de una vida que le parecía injusta, sin sentido, lo decía y ahora lo daba a entender... Marina las vio tan tristes, tan ensimismadas, que decidió hacer algo insólito, algo prohibido, algo que las hiciera a todas sentirse contentas, distintas, libres, quién sabe...

Se quitó los zapatos de charol, hebilla y tacones de puñal, los tiró lejos y descalza corrió por el pasto, bailó por el césped riendo, burlándose de la advertencia NO PISE EL PASTO / KEEP OFF THE GRASS, sintiendo una emoción física maravillosa, era tan fresca la pelusa, tan mojada y bien cortada, le hacía cosquillas en las plantas, que correr sobre ella con los pies desnudos era como darse un baño en uno de esos bosques encantados que salían en las películas, donde la doncella pura es sorprendida por el príncipe amado, brillante todo, brillante el agua, el bosque, la espada: los pies desnudos, la libertad del cuerpo, la libertad de lo otro, como se llamara, el alma, lo que decían las canciones, el cuerpo libre, el alma libre...

KEEP OFF THE GRASS

Todas rieron, chancearon, celebraron, advirtieron, no seas loca, Marina, quítate, te van a multar, te van a correr...

No, se rió don Leonardo Barroso detrás de sus ventanales opacos, mira nomás Ted, le dijo al gringo seco como una pipa de maíz, mira qué alegría, qué libertad de esas muchachas, qué satisfacción del deber cumplido, ¿qué te parece? Pero Murchinson lo miró con una chispa escéptica en la mirada, como diciéndole:

—How many times have you staged this little act?

Las cuatro, Dinorah y Rosa Lupe, Marina y Candelaria, se sentaron en su mesa de costumbre, juntito a la pista de la discoteca. Ya las conocían y se las reservaban cada viernes. Era la influencia de la Candelaria. Las demás lo sabían. Los viernes era difícilísimo encontrar mesa en el Malibú, era el gran día libre, la muerte de la semana de trabajo, la resurrección de la esperanza, y de su compañera, la alegría.

—¿Malibú? ¡Maquilú! —decía el anunciador vestido de smoking azul con camisa de olanes y corbata fosforescente, ante la ola de muchachas que llenaban el galerón

alrededor de la pista, más de mil trabajadoras apretujadas aquí y la aguafiestas de la Dinorah diciendo son las luces, las puras luces, sin las luces esto es un pinche corral para vacas, pero las luces lo hacen todo bonito y Marina se sintió como en la playa, nomás que una playa de noche, maravillosa, en la que las luces azules, naranja, color de rosa, la acariciaban como los rayos del sol, sobre todo la luz blanca, plateada, que era como si la luna la tocara y también la bronceaba, la volvía toditita de plata, no un envidiado sun-tan (¿cuándo iría a una playa?) sino un moon-tan.

Nadie le hizo caso a la amargada de la Dinorah y todas salieron a bailar, sin hombres, entre sí, el rock se prestaba, nadie tenía que abrazarse la cintura o bailar de cachetito, cada changa a su mecate, el rock era algo tan puro como ir a la iglesia, los domingos a misa, los viernes a la disco, el alma y el cuerpo se purificaban en los dos templos, qué bien se caían todas entre sí, qué fantasías se les ocurrían, los bracitos para acá, las patitas para allá, las rodillas en ángulo, las melenas y las tetas rebotando, las nalgas agitadas libremente, las caras sobre todo, los gestos, éxtasis, burla, seducción, pismo, amenaza, celo, ternura, pasión, abandono, alarde, payasadas, imitaciones de estrellas famosas, todo era permitido en la pista del Malibú, todas las emociones perdidas, los desplantes prohibidos, las sensaciones olvidadas, todo tenía aquí sitio, justificación, goce, sobre todo, goce, y faltaba lo mejor.

Regresaron sudorosas a sus asientos —Candelaria y su atuendo multiétnico, Marina preparada con su mini y su blusa de lentejuelas y sus zapatos de tacón de daga, Dinorah revelada con un lindo vestido descotado de satín colorado, la Rosa Lupe siempre de carmelita, cumpliendo su manda, pero aquí la fantasía estaba permitida y hasta consolaba ver a alguien así, toda de café y con sus escapularios—, cuando salieron a la pasarela los Chippendale Boys, los muchachos gringos traídos de Texas, con las corbatitas de paloma pero los torsos desnudos, las botas acharoladas hasta el tobillo y las tangas que se les encajaban entre las nalgas y apenas sostenían el peso del sexo, revelando las formas, desafiando a las muchachas, excítame con tu mirada; idénticos pero variados, cada uno cargando su bolsa de oro, como dijo riéndose la Candelaria, pero aquí un detalle —el pubis rasurado—, allá otro —un brillante en el ombligo—, más arriba un tatuaje de las dos banderas cruzadas, las barras y las estrellas, el águila y la serpiente, sobre el hombro, más abajo un solo muchacho con espuelas en los botines, llevando un compás precioso, viril excitante, mientras las muchachas les iban metiendo billetes en las tangas, Rosa Lupe, todos ellos rubios pero bronceados, untados de aceite para lucir más, maquillados los rostros, gringos todos, deseables gringuitos, adorables, para mí, para ti, se codeaban las muchachas, en mi cama, imagínalo, en la tuya, que me lleve, estoy lista, que me robe, yo soy kidnapeable. Un Chico Chippendale se agachó y le arrancó a Rosa Lupe el cordel de su túnica de penitente, todas rieron, el muchacho empezó a jugar con el cordel mientras Rosa Lupe decía éste es mi día, tres veces han tratado de encuerarme, me lleva, se rió, pero el Chico Chippendale, bronceado,

aceitado, maquillado, sin vello en las axilas, jugó con el cordón como si fuera una serpiente y él un encantador, levantaba el cordón, le daba erección, las demás muchachas codeaban a Rosa Lupe, diciéndole que si tenía preparado el show con este galán y ella juraba llorando de risa que no, era lo bonito, todo de sorpresa, pero las muchachas aullaban pidiéndole al Boy que les tirara el cordón, el cordón, el cordón, y él se lo pasaba entre las piernas, se lo clavaba debajo del brillante de su ombligo, como un cordón umbilical, volviendo locas a las muchachas, gritando todas ellas que les diera el cordón, que así se ligara a ellas, su hijo de unas por el cordón, su amante de otras por el cordón, esclavo de éstas, amo de las otras, atadas a él, él atado a ellas, hasta que el Chippendale dejó caer la punta del cordón entre el regazo de Dinorah sentada junto a la pasarela, y Dinorah primero lo tomó con fuerza, tanta que casi tira de bruces al muchacho que gritó hey! y ella fue la que gritó sin palabras, un aullido, arrojando el cordón, saliendo a codazos entre el gentío, el asombro, el comentario...

Las amigas se miraron entre sí, asombradas pero sin ganas de demostrarlo, por un sentimiento de solidaridad con Dinorah. Los Chippendale Boys se retiraron entre aplausos, con las tangas repletas de billetes, perdiendo uno tras otro su sonrisa fabricada en serie, volviendo cada uno, al bajar de la pasarela, al semblante de la vida diaria, al desfile de la diferencia, aburrido uno, displicente otro, éste satisfecho como si todo lo que hiciera fuese admirable y le valiese el Óscar, el otro matando con la mirada al corral de vacas mexicanas y añorando quizás otro corral, de toros mexicanos: ambición frustrada, despojo, fatiga, indiferencia, crueldad: rostros malos, se dijo sin desearlo Marina, esos muchachos no me sabrían querer, no son como mi Rolando, con todo y sus fallas...

Pero venía la parte más bonita...

Se escuchó la Marcha Nupcial de Mendelssohn y la primera modelo apareció por la pasarela, con la cara velada por el tul, las manos unidas en el buqué de nomeolvides, la corona de azahares, la falda ampona, como de reina, como de nube. Todas las muchachas lanzaron una exclamación colectiva que era más bien un suspiro y ninguna tuvo que dudar sobre el rostro escondido por los velos, era una de ellas, era morenita, era mexicana, las hubiera ofendido que una gringa saliera vestida de novia, los muchachos tenían que ser gringos, pero las novias tenían que ser mexicanas... Una vez que sacaron de novia a una güerita de ojo azul, la que se armó, casi incendian el local. Ahora ya sabían. El desfile de trajes de novia era de mexicanas, para mexicanas, cinco novias seguidas, muy modosas y vírgenes, luego una de guasa con minifalda de tafeta y al final una desnuda, sólo el velo, las flores en las manos y el tacón alto, a punto de acostarse, entregarse, todas rieron y gritaron y al final apareció un hombrecito vestido de sacerdote que las bendijo a todas y las llenó de emoción, de gratitud, de ganas de regresar el viernes entrante y ver cuántas promesas se habían cumplido.

Pero a la salida de la discoteca estaban Villarreal, el mozo del patrón don

Leonardo Barroso, y Beltrán Herrera, el líder y amante de Candelaria, el hombre sereno, moreno, cano, con ojos tiernos, ahora más tiernos que nunca detrás de los espejuelos. Tenía los bigotes mojados y tomó del brazo a Candelaria, le dijo algo al oído, Candelaria se tapó la boca con la mano para sofocar el grito, o quizás el llanto, pero era una vieja muy entera, muy a toda madre, inteligente, fuerte y discreta, y sólo les dijo a Marina y Rosa Lupe:

—Algo espantoso ha sucedido.

—¿A quién, dónde?

—A la Dinorah. Vamos que vuelva de regreso al cantón.

Se subieron de prisa al auto del líder Herrera, y Villarreal repitió la historia que había oído en la oficina de don Leonardo Barroso, iban a arrasar la colonia Bellavista para hacer fábricas, iban a comprar los terrenos por dos tlacos y a venderlos en millones, ¿qué iban a hacer ellos, tenían armas para impedir el despojo, para sacarle raja al asunto, para demandar que ellos también salieran beneficiados?

—Pero si las casas no son nuestras —dijo la Candelaria.

—Podemos organizarnos como inquilinos y dificultar la venta —argumentó Beltrán Herrera.

—Ni siquiera los terrenos son nuestros, Beltrán.

—Tenemos derechos. Podemos negarnos a desalojar hasta que nos compensen en la medida de lo que ellos van a ganar.

—Lo que van a hacer es corernos de las maquilas a todas...

—Ya estuvo suave de dejarnos —dijo Rosa Lupe sin entender muy bien de qué se trataba, hablando sólo para no dar su brazo a torcer y pedir que le aclararan la pregunta ansiosa en los ojos de Marina: ¿Qué hubo con la Dinorah?

—Se te agradece la lealtad —Herrera apretó el hombro de Villarreal, que iba conduciendo, su cola de caballo al aire—. A ver si no te cuesta caro.

—No es la primera vez que te informo, Beltrán —dijo el camarero.

—Pero éstas son palabras mayores. Vamos a organizarnos de una vez por todas, pasa la palabra.

—Las muchachas pocas veces jalar —meneó la cabeza Villarreal—. En cambio si fueran hombres...

—¿Y yo? —dijo fuerte Candelaria—. No seas tan macho, Villarreal.

Herrera suspiró y abrazó a Candelaria, mirando el paisaje nocturno, las luces brillantes del lado americano, la ausencia de alumbrado público del lado mexicano: bosques, textiles, minería, dijo, frutas, todo se acabó a favor de la maquila, todas las riquezas de Chihuahua, olvidadas.

—Que no nos daban para comer ni la quinta parte del trabajo de hoy —le alegó su Candelaria—. ¡Iguanas ranas!

—¿Tú sí crees que las muchachas van a jalar?

Herrera juntó su cabeza cana a la muy negra y restirada de la Candelaria.

—Sí —colgó la cabeza la Candelaria—. Esta vez sí van a jalar, apenas se enteren.

—La casa nunca está limpia —iba diciendo Dinorah sentada en una banca dura de su choza de terregal—. No tengo tiempo. Son pocas horas de sueño.

Los vecinos se habían juntado afuera de la casucha, algunos entraron a consolar a Dinorah, las mujeres más viejas hablaban de un velorio muy bonito para el niño, sus flores, su cajita blanca, como en los viejos tiempos, como en las rancherías. Candelaria trajo unas velas pero no encontró más que dos botellas de Coca Cola para ensartarlas.

Los viejos llegaron también, se juntó todo el barrio y el padre de la Candelaria, detenido en el quicio de la puerta, se preguntó en voz alta si habían hecho bien en venirse a trabajar a Juárez, donde una mujer tenía que dejar solo a un niño, amarrado como un animal a la pata de una mesa, el inocente, cómo no se iba a perjudicar, cómo no. Todos los rucos comentaron que eso en el campo no pasaría, las familias allí siempre tenían quién cuidara a los niños, no era necesario amarrarlos, las cuerdas eran para los perros y los marranos.

—Mi padre me decía —repitió el abuelo de Candelaria— que nos quedáramos sosegados en nuestra casa, en un solo lugar. Se paraba como yo estoy parado, mitá juera mitá dentro, y decía: «Fuera de esta puerta el mundo se acaba».

Dijo que él estaba muy viejo y ya no quería ver nada más.

Marina, llorando, sin saber cómo consolar a Dinorah, oyó al abuelo de Candelaria y dio gracias de que en su casa no había recuerdos, ella era sola y más valía seguir sola en esta vida que pasar las penas de los que tenían hijos y sufrían como la pobrecita de Dinorah, toda despeinada y escurrida y con el vestido rojo trepado hasta los muslos, arrugado, y con las rodillas juntas, y las piernas chuecas, ella tan cuidada y coqueta de por sí.

Entonces Marina, viendo la terrible escena de muerte y llanto y memorias, pensó que no era cierto, ella no estaba sola, tenía a Rolando, aunque lo compartiera con otras, Rolando le haría el favor de llevarla al mar, a algún lado, a San Diego en California o a Corpus Christi en Texas, o de perdida a Guaymas en Sonora, se lo debía, ella no pedía otra cosa más que ir por primera vez a ver el mar con Rolando, después de eso que la dejara, que la tratara de abusiva, pero que le hiciera ese solo favorcito...

Salió de la casucha de la Dinorah oyendo al abuelo hablar de una fiesta para el niño ahorcado, y como para levantarle el ánimo a todos mandó traer de beber y dijo:

—Lo bueno de las damajuanas es que parecen llenas hasta cuando están vacías.

Marina hurgó en su bolsita de mano y encontró el número del celular de Rolando. Qué le importaba comprometerse. Éste era un asunto de vida o muerte. Él tenía que saber que ella dependía de él para una sola cosa, para llevarla a ver el mar, para no decir como el abuelo de la Candelaria que ya no quería ver nada más. Marcó el número pero le dio un tono ocupado seguido de un tono muerto y éste le

hizo creer que él la escuchaba pero no le contestaba para no comprometerla, ¿qué tal si la escuchaba cuando ella le decía llévame al mar, mi amor, no quiero morir como el hijito de la Dinorah sin ver el mar, hazme ese favorcito aunque después ya no me veas y nos separemos?, pero el silencio del teléfono la iba decepcionando y enardeciendo al mismo tiempo, Rolando no debía jugar con ella, ella se estaba comprometiendo, ¿por qué no se comprometía él un poquito también?, ella le estaba dando la salida, juntar todo el amor que pudieran sentir cada uno por el otro en un solo fin de semana en la playa, y ya no verse más, si él no quería, pero lo que no aguanto más, dijo Marina dando voz a algo que desconocía, algo que ella misma no sabía que estaba allí dentro de ella, algo que se había ido formando en silencio, como el sedimento de una botella que al agitarse sube hasta el corcho, lo que no aguanto más es que ningún hombre me tome como algo que encontró tirado en la calle y que recoge sólo porque siente pena, eso nunca más voy a consentirlo, Rolando, tú me enseñaste la vida, yo no sabía todo lo que me has enseñado hasta este momento en que se murió el hijito de la Dinorah y el abuelo de la Candelaria sigue allí seco y viejo y con la raíz de fuera, como si nunca se fuera a morir, y yo sólo quiero vivir mucho este momento en que me salvé de morir niña y no quiero llegar a vieja, ahora te pido que me levantes hasta tu altura, Rolando, vamos subiendo los dos juntos, yo te doy ese chance, mi amor, yo sé muy adentro que conmigo vas a subir y me vas a llevar a lo alto y lo bonito, si quieres, Rolando, y si no lo haces los dos nos vamos a dar en toda la madre, nos vas a rebajar hasta no saber ya ni quiénes somos, nos vamos a rebajar hasta no importarnos más a nosotros mismos...

Pero el celular de Rolando nunca contestó. Eran las once de la noche y Marina tomó su decisión.

Esta vez no se detuvo a tomarse una malteada en la fuente de sodas, cruzó el puente, cogió el bus y caminó las cuatro cuadras al motel. La conocían pero les extrañó que viniera en viernes, no en jueves.

—¿No somos libres de cambiar, oiga?

—Supongo que sí —dijo el recepcionista con resignación e ironía mezcladas, y le entregó una llave a Marina.

Olía a desinfectante, los pasillos, las escaleras, hasta las dispensadoras de hielo y refrescos olían a algo que mata bichos, limpia excusados, fumiga colchones. Se detuvo ante la puerta de la recámara que compartía los jueves con Rolando y dudó entre tocar con los nudillos o meter la llave y entrar. Iba bien acelerada. Metió la llave, abrió, entró y escuchó la voz agónica de Rolando, la voz tipluda de la gringa, Marina encendió la luz y se quedó allí mirándolos desnudos en la cama.

—Ya viste. Ya lárgate —le dijo el galán.

—Perdóname. Es que te estuve llamando por el celular. Pasó algo que...

Miró el aparato sobre el buró y lo señaló con el dedo. La gringa los miró a los dos y se soltó riendo.

—Rolando, ¿has engañado a esta pobre muchacha? —dijo a carcajadas

recogiendo el celular—. Por lo menos a tus queridas les puedes decir la verdad. Está bien que entres a bancos y oficinas públicas con tu celular en el oído, o que hables en él en un restorán y apantalles a medio mundo, ¿pero para qué engañar a tus novias?, mira nomás las confusiones que creas, cariño —dijo la gringa poniéndose de pie y empezando a vestirse.

—Baby, no interrumpas... Tan bien que íbamos... Esta niña no es nadie...

—No soportas perder una sola oportunidad, ¿no es cierto? —la gringa se acomodó las pantimedias—. No te preocupes. Volveré. No era tan importante como para que rompa contigo.

Baby recogió el celular, lo abrió por detrás y se lo enseñó a Marina.

—Mira, no tiene pilas. No las ha tenido nunca. Es nomás para apantallar, o como dice una canción, «llámame a mi celular, parezco influyente, me da personalidad, aunque no tiene baterías, para apantallar...».

Tiró el aparato sobre la cama y salió riendo fuerte.

Marina cruzó el puente internacional de regreso a Ciudad Juárez. Tenía cansados los pies y se quitó los zapatos de tacones altos y picudos. El pavimento aún guardaba el temblor frío del día. Pero la sensación de los pies no era la misma que cuando bailó libremente sobre el césped prohibido de la fábrica maquiladora de don Leonardo Barroso.

—Esta ciudad es el desmadre montado sobre el caos —le dijo Barroso a su nuera Michelina cuando se cruzaron con Marina, ella de regreso a Juárez, ellos a su hotel en El Paso. Michelina rió y le besó la oreja al empresario.

La sierva del padre

1. Este pueblo es irrespirable. Uno diría que a la altura de más de tres mil metros el aire sería el más puro. No es así y uno lo entiende. El volcán es un sacerdote de cabeza blanca y túnica negra. Vomita lo mismo que come: soledad cenicienta. La proximidad del cielo lo oprime a uno aquí en la tierra.

La leyenda se empeña en repetir que el Popocatepetl es un guerrero alerta que protege el cuerpo vecino de la mujer dormida, Iztaccíhuatl. A Mayalde no le contaron ese cuento que uno conoce desde la niñez. A Mayalde el padre la trajo a vivir acá arriba, en las estribaciones del Popocatepetl, el mismo día en que la chica tuvo su primera menstruación y él le dijo:

—Mira. Es la mancha sacrílega. Tenemos que irnos lejos de aquí.

—¿Por qué, padre?

—Para que no peques.

—¿Por qué he de pecar?

—Porque te has hecho mujer. Vámonos.

Dejaron la sacristía de Acatzingo con su hermoso convento franciscano y se vinieron a vivir aquí, donde se mira la nieve y se respira la ceniza. Era la soledad más cercana a Puebla y como nadie quería venir a donde uno estaba, con gusto lo mandaron a él.

—¿Va usted con su sobrina, señor cura?

—Cómo creen que la voy a abandonar. Depende de mí. Sin mí, sería una huerfanita. Me lo debe todo.

—¡Ah!

—Aunque le aclaro, señor obispo. No es mi sobrina. No me cargue ese cuento viejo.

—¡Ah! ¿Su hija? —dijo con las cejas arqueadas el obispo.

El cura le dio la espalda y salió del obispado.

—Ese hombre se está quedando solo —comentó el prelado—. No sabe llevarse con la gente. Mejor que se vaya al monte.

No es que el padre Benito Mazón hubiese buscado una parroquia aislada, en las faldas de un volcán, para aislarse de la gente. El hecho es que la gente se apartó de él y a él esto le cayó de perlas. Al cabo, él salía ganando. Por muy antipático que fuese don Benito, Dios era no sólo simpático sino indispensable. Sólo el padre

Mazón, con sus ojos de lobo inquieto, su perfil de iguana y su hábito de ala de mosca poseía la facultad de administrar los sacramentos, bautizar, cantar un réquiem y certificar una defunción. La gente del lugar dependía de él a fin de vivir con la conciencia tranquila. Y él dependía menos de uno. Aunque nadie acudiese a la miserable iglesita de adobes a orillas del volcán, Benito recibiría su estipendio y claro, el mismo pueblo que desconfiaba de él por antipático no lo dejaría morir de hambre. Uno.

Bueno, lo cierto es que los feligreses —uno— vivimos rencorosos del padre Benito Mazón. Él parece vivir indiferente a uno. Uno le recrimina la hipocresía de presentar a la niña Mayalde, de dieciséis años, como su ahijada. Uno sabe que las ahijadas suelen ser hijas del señor cura. ¿Hay que regatearle la caridad que él ha mostrado dándole techo a la niña? ¿O debe uno mostrarse indignado ante la hipocresía?

Uno no tiene respuestas fáciles. Al cabo, las costumbres toman su rumbo, con o sin explicaciones cabales. Se sospecha. Se intuye. Se teme. Al cabo, se encoge uno de hombros. Uno.

—Es peor tener malas costumbres que no tener costumbres —le susurró, con escándalo, el padre Mazón a nuestra más devota mujer, doña Altagracia Gracida, durante el acto de la confesión.

—¿Y dónde duerme la niña, señor cura?

—Eche ojo, mujer.

El curato en la montaña era apenas una casa de adobes con cocina de leños, una salitacomedor, una recámara y un baño a la intemperie. La iglesia era igualmente modesta. En cambio, la capilla adjunta era una pequeña gloria barroca de ricos adornos, casi tan espléndida (casi) como la lamentada Acatzingo. Así debía ser. El padre Benito adora a Dios porque cree que Dios tiene horror del mundo.

La belleza de Mayalde creaba una pequeña tormenta de indecisión en el pueblo. Era una muchacha fresca, hermosa, comparable en su aspecto de pureza a esa nieve que corona la montaña antes de extraviarse en la ceniza. Morena clara de ojos negros muy largos, como si quisiera ver más allá del marco de su rostro ovalado y en seguida, como consciente de la vanidad que significa aprovechar la belleza para ganar la felicidad, los baja para atender los menesteres de la humilde casa que rasca al cielo. Está acostumbrada. No espera otra cosa de la vida. Uno puede pensar que el señor cura siempre la trató mal para tratarla bien. Es lo que él siempre le decía:

—Si Nuestro Señor Jesucristo sufrió, ¿por qué no has de sufrir tú?

Luego la sentaba sobre sus rodillas.

—¿Crees que yo no sufro, Mayalde, viéndote sufrir?

Todos los quehaceres físicos le correspondían a ella. Cuando el padre Mazón pasaba y la veía lavando ropa, tendiendo la cama o sacudiendo policromos de la iglesia, le decía cosas como:

—¿Te gustaría ser una dama, verdad?

—Te mimé demasiado de niña. Ahora te voy a quitar lo mimado.

—Limpia la iglesia. Más te vale. Voy a revisar cada copón como si en él bebieras mi leche.

Luego la volvía a sentar sobre sus rodillas. Ella temía estos momentos de cariño porque el padre Benito se angustiaba mucho de ser tan bueno y luego le daba malos tratos para compensar la debilidad de la ternura.

—Eres una mula. Un monstruo estéril. Pero trabajas mucho y aguantas el frío de la montaña.

Ella no sonreía abiertamente por temor a ofender al padre. Por dentro, le daba risa el condenado cura y se burlaba de él atendiendo a los pájaros en sus frías jaulas, juntando las raras flores de la montaña en un vaso de agua, yendo al mercado y regresando, canturreando, con las canastas bien provistas de verduras, manitas de cerdo, tortillas tibias y chiles serranos.

—Esta muchacha es una simple —comentábamos en el pueblo.

Ella sabía que de esta manera, tan servicial, picaba al padre Benito. Ella no era inútil. Tampoco era una bestia de carga. Uno, cuando ella bajaba al mercado, admiraba su andar cadencioso, la ligereza de su vestido floreado, las formas femeninas adivinadas, duras, redondas. Mayalde era, para uno, la magia esquiva del pueblo. A todos les sonreía.

—Es una simple.

Uno piensa, más bien, que su coquetería era su fidelidad al padre Benito Mazón. Eso se decía uno.

Un día, el padre Benito rompió las macetas y liberó a los canarios. Ella se quedó muy quieta mirando fijamente al padre e imaginando que ella misma, si se lo propusiera, podría convertirse en flor o volar como un ave...

El padre Benito no quería admitir que a Mayalde no la derrotaba nada. Le daban ganas de decirle, «Anda, hijita. Regresa con tu madre. Dile que te trate bien y que la recuerdo. Pero ya sabes, para ser tu padre no sirvo. A ver si ella se digna recibirte. Aunque lo dudo. Vieras con qué alborozo se desprendió de ti».

Ella por su parte pensaba, «Le doy coraje porque yo siento amor por las cosas, amo las flores, los pájaros, los mercados, y él no. Yo lo sirvo pero él no lo goza. Es un viejo agriado con vinagre en la sangre».

Que el padre Benito quería gozar le constaba a Mayalde. Ella se bañaba afuera de la casa en la regadera improvisada en un patiecillo y sabía que el padre la espiaba. Ella se divertía jugando con los horarios. A veces se bañaba al amanecer. Otras, se bañaba de noche. El cura la espiaba siempre y ella se enjabonaba el sexo y los senos antes de fingir la alarma de ser sorprendida, cubriéndose rápidamente con las manos y riendo sin parar imaginando la confusión del cura con ojitos de lobo inquieto y perfil de iguana.

—Aleja de ti los malos pensamientos —le decía el padre cuando la confesaba.

Y añadía con creciente exaltación:

—Repítele conmigo, hija. Soy un saco de porquerías hediondas. Mis pecados son abominables. Soy pernicioso, escandaloso e incorregible. Merezco ser encerrado en un calabozo a pan y agua hasta que me muera.

Y mirando con los ojos en blanco al cielo:

—Mi culpa, mi culpa, mi grandísima culpa.

Mayalde lo observaba con una sonrisa, convencida de que se había vuelto loco. La muchacha se encogía de hombros y se quedaba pasmada, contando santos.

El padre Mazón cantaba estas aleluyas malditas que se vienen repitiendo en las iglesias mexicanas desde hace quinientos años y se acababa alejando de Mayalde, el objeto de su recriminación, para terminar alabándose a sí mismo, recordando lo que le dijeron en su casa cuando reveló su vocación eclesiástica:

—Benito, tú no tienes nada de teológico.

—Benito, tú más bien tienes cara de pícaro.

—Benito, no nos digas que no eres bien cachondo.

Él dijo que sí a las dos últimas proposiciones pero decidió ponerlas a prueba sujetándose a las disciplinas de la primera de ellas: asumir el sacerdocio.

La relación con la bella Mayalde reunió sus tres tentaciones: la divina, la mundana y la erótica. ¿Qué tan lejos llegó? Uno, en el pueblo, no sabía con certeza. La situación misma —cura con supuesta ahijada o sobrinita que resulta a la postre hija secreta— se había dado tantas veces que ya no resistía una versión más. La fuerza de la tradición lo obliga a uno a pensar ciertas cosas. También nos permite, a uno que otro, proponer la excepción.

—Eso sólo pasa en películas viejas, doña Altagracia. Quién quita y ésta sea en verdad sobrina o recogida o lo que ustedes gusten y manden y el cura simple y llanamente la explota como criada sin gozarla como concubina...

Algunos decían que sí, otros que no. Uno, que trata de ser equitativo, no daba entrada a chismes sin base ni a sospechas sin prueba. Pero cuando Mayalde bajaba del monte al mercado, la rodeaba un silencio triste. El pueblo olía a perro mojado, a brasero encendido, a comida tatemada, a excremento de burro, a humo de ocote, a nieve intocable, a sol imperdonable. Ella se desplazaba como si no pisara el suelo. La perseguían los malos pensamientos de algunos, el silencio sospechoso de otros, la soledad equívoca de todos... ¿Era Benito Mazón un hombre de Dios o un pecador maldito? En todo caso, sólo él distribuía los sacramentos en este pueblo perdido. Y si nos daba la hostia y los santos óleos, ¿qué no le daría a la linda muchacha que vivía con él?

Uno que otro, entre nosotros, era instruido y no creía en las patrañas de la Iglesia. Pero ninguno —ni siquiera uno, que es ateo, para qué es más que la verdad— se atrevía a poner en entredicho la pesada tradición religiosa de los pueblos. Se nos caería encima el cielo. Siglos y siglos de proclamarnos católicos tiene su peso. Ser ateo es casi una falta de cortesía. Pero uno piensa que lo que deben compartir el creyente y el indiferente es la caridad, la compasión. Y no es la justicia lo que nos

une. Uno conoce a cada cristiano que se desvive por ser injusto. Con los inferiores. Con los niños. Con las mujeres. Con los animales. Y que golpeándose el pecho, se proclaman cristianos y van a misa los domingos.

Uno no es de éstos. Uno trata de sincerarse con el mundo y consigo mismo. Uno quiere ser justo aunque no sea creyente. Uno piensa que aunque no sea católica, la justicia es lo más cristiano que existe. Por justicia uno ayuda a los demás y la misericordia es sólo una medallita que nos cuelgan más tarde.

Por simple caridad, entonces, uno se hace de la vista gorda y deja pasar de noche, observando desde la ventana sin luz, al joven rengueante que mira atribulado hacia todas partes sin saber a dónde dirigirse hasta que uno sale en medio de las campanadas silenciosas del ángelus y lo orienta:

—Sube un poco al monte. Sigue a las campanas.

—¿Cuáles campanas?

—Óyelas bien. Allí te recibirán con caridad.

Lo alejé del pueblo porque uno sabe bien quiénes son sus vecinos. El muchacho herido de una pierna, con vendas sucias a la altura de la rodilla, ropa rasgada y botas lodosas, iba a resultar sospechoso, fuese quien fuese, viniese de donde viniese. Uno no está acostumbrado a la repentina aparición de gente que no conoce. Uno está predispuesto contra el forastero. Más aún en un pueblo de menos de cien almas perdido en las alturas volcánicas de México, pueblo de ceniza y nieve, hálito helado y manos engarrotadas. Un pueblo envuelto en un gigantesco sarape gris como en un sudario prematuro aunque permanente.

En cambio, si el extraño busca refugio en la casa del señor cura, es que no tiene nada que ocultar. La Iglesia bendice a quienes recibe. Ya podría bajar este muchacho de la iglesia al pueblo sin suscitar sospechas de nadie. Lo que no podría hacer era aparecer así, herido, desconcertado y exhibiendo una belleza juvenil tan sombría y deslumbrante como la de un sol negro.

—Sube la colina. Acógete a la caridad cristiana. Pregunta por el señor cura. Busca una razón.

—Es que hacía montañismo y me caí —dijo con simpleza Félix Camberos, que así dijo llamarse el muchacho cuando el padre Benito Mazón le abrió la puerta al despuntar el alba.

—Es muy de mañana —dijo agrio el cura.

—Las montañas se conquistan de madrugada —sonrió, mal que bien, Félix Camberos—. Igual que la piedad...

—A ver, Mayalde, atiende al forastero —dijo el cura, sintiéndose extrañamente atrapado en una contradicción que no comprendía.

Benito Mazón había visto la figura del muchacho y en su corazón tendría las razones de la caridad y las de la desconfianza. Ambas se fundieron en la figura de Mayalde. ¿Quién iba a atender al chico herido? El sacerdote, ¿por qué no? Porque tendría que hincarse ante el herido en una postura que su arrogancia rechazaba.

Tendría que mostrarse humilde ante un hombre más joven que él. Y sobre todo, más guapo. El padre recogió la mirada de Mayalde cuando apareció Félix. Era el rostro de una luna sin voz expresándolo todo a través de movimientos crecientes y menguantes, como si una marea del cielo hubiese traído hasta este desolado lugar al extraño.

Mayalde no había controlado su propio rostro al ver a Félix. El padre Benito lo notó y decidió entregar al joven al cuidado de la muchacha. ¿Por qué? La razón le pareció tan aparente al cura como ahora a uno mismo. El perfil de iguana y los ojos de lobo de Benito Mazón eran el reverso del perfil de estatua y los ojos de cachorro de Félix.

El padre Mazón sintió un impulso irrefrenable de poner a la niña Mayalde en manos de Félix para exponerla a la tentación. Saboreó la decisión. Lo exaltó. Se sintió un misionero del Señor que primero nos ofrece la felicidad del pecado a fin de imponernos, en seguida, la dificultad de la virtud y arrogarse, confesión de por medio, el derecho de perdonar. Entre una cosa y otra, entre el pecado y la virtud (Mazón se regocijaba), transitaba una culebra hecha de tentación. El padre no tendría que vencerla. La joven mujer, sí. Bastaba esta posibilidad para asegurarle al alma muchas horas de martirio, de acoso, de exigencia cuando él y Mayalde volvieran a estar solos y él pudiese arrinconarla con el goce de humillarla, acusarla y al fin, con suerte, la muchacha vencida no resistiría más...

Salió el padre Mazón a sus oficios divinos y Mayalde permaneció sola con Félix. La moza fue muy discreta.

—Quítate los pantalones. Si no no te puedo curar la rodilla.

Félix obedeció con seriedad aunque sonrió con tantito sonrojo cuando se sentó frente a Mayalde exhibiendo sus calzoncillos breves y apretados. Ella lo miró sin curiosidad y procedió a limpiar la herida de la pierna.

—¿Qué haces aquí?

—Alpinismo.

—¿Qué es eso?

—Subir por la montaña.

—¿Hasta dónde?

—Bueno, hasta la nieve, si se puede...

—¿Y te caíste?

No escapó a la concentrada atención de la niña secreta la voz vacilante de Félix.

—Bueno, me resbalé —rió al cabo el muchacho.

—Ah —ella lo miró con malicia—. Un resbalón.

Le dio un golpecito cariñoso en la pierna.

—Pues está usted listo, don Resbaloso.

Esa tarde el volcán lanzó unos copos de fuego pero las cenizas fueron pronto apagadas por la lluvia vespertina del verano.

—Qué raro que viniste en agosto —le dijo Mayalde a Félix—. Es cuando la nieve

se va. En enero llega hasta nuestra puerta.

—Por eso —sonrió Félix con algo de estrella lejana en la mirada—. Me gusta intentar lo más difícil.

—Ah qué caray —dijo en voz baja Mayalde y tocó la mano de Félix—. Ya estaría de Dios.

Ella también tenía un deseo, igual que el padre Benito.

—¿Qué caray? —sonrió Félix—. ¿Qué cosa estaría de Dios?

—Los malos pensamientos —alzó los ojos Mayalde.

Cuando el padre Benito bajó al pueblo a darle los santos óleos al panadero, ya Mayalde le entregaba su virtud a Félix. El panadero tardó en morir y la pareja de jóvenes pudo quererse con holganza, ocultos los dos detrás del altar de la Pacificadora. Las ropas eclesíásticas servían de mullido lecho y el olor pertinaz del incienso los excitaba a ambos —a él por exótico, a ella por acostumbrado, a ambos por sacrílego.

—¿No te sientes muy encerrada aquí?

—Qué va. ¿Por qué?

—Esto es como el techo del mundo.

—Tú llegaste a subir, ¿no es cierto?

—No sé. Hay otro mundo fuera de aquí.

—¿Qué hay?

—El mar, por ejemplo. ¿Nunca has ido al mar?

Ella negó con la cabeza.

—¿Sabes de qué color es el mar? Quisiera llevarte conmigo.

—El padre dice que el agua no tiene color.

—Él no sabe nada. O te engaña. El mar es azul. ¿Sabes por qué?

Ella volvió a negar.

—Porque refleja al cielo.

—Hablas muy bonito. No sé si será verdad. Yo nunca he visto el mar.

Él la besó con las manos sosteniendo la cabeza de Mayalde. Luego ella dijo:

—Antes quería irme de la vida. Entonces llegaste tú.

2. El que llegó al caer la noche fue el padre Benito Mazón. Trepó la colina con esfuerzo, jadeando bajo la lluvia, con los ojos de lobo más inquietos que nunca. Había retrasado el regreso. Quería darle todas las oportunidades a la joven pareja. Había soportado la tolerancia que uno le daba devolviéndole a uno su propia intolerancia. Regresaba armado de una indiferencia caída en la trampa de sus amarguras agrestes. Los feligreses requieren sacramento, les repugna que sea él quien se los da y él sabe que ellos no tienen más remedio.

Regresó tarde porque en el pueblo habló amablemente con las autoridades civiles y militares. Uno se admiró de tanta cortesía en alguien tan seco y altanero como el padre Mazón.

El padre Mazón mira otra vez, caminando de regreso, la desolación del volcán cenizo, lo compara de nuevo al abandono de Dios y quisiera ver las cosas con claridad, no con estos ojos encapotados...

El hombre de Dios llegó y se quitó el sombrero de paja revelando sus cabellos de estopa. El agua le escurría por el tapado de hojas de elote.

Miró con frialdad pero sin sospecha a la pareja.

—¿Cómo va esa pierna?

—Mejor, señor cura.

—¿Cuándo nos abandonas?

—Cuando usted mande. No me quedaré ni un minuto más de lo que usted diga. Le agradezco la hospitalidad.

—Ah, pero primero la pones a prueba.

Félix no pudo evitar una sonrisa.

—Su hospitalidad excede mis esperanzas.

El cura dejó que le escurriera el agua por el gabán y le dijo, sin mirarla, a Mayalde:

—¿Qué esperas?

Ella acudió a retirarle el improvisado impermeable.

—Es una muchacha obediente —dijo severamente el cura.

Ella no dijo nada.

—Anda, prepara la cena.

Comieron sin hablar y ya de sobremesa el padre Benito Mazón le preguntó a Félix Camberos si era estudiante o montañista.

—Bueno —rió Félix—. Se puede ser las dos cosas.

Pero el cura insistió:

—¿Estudiante?

—No muy bueno —Félix moduló la sonrisa.

—Cada cual escoge su vida. Mira a Mayalde. Está loca por hacerse monja. Te lo aseguro por los clavos de Cristo.

Esto le causó gran hilaridad al cura, indiferencia al joven y estupor a la muchacha.

—Padre, no diga usted cosas falsas. Es un pecado...

—Ah —se asombró Mazón—. ¿Te me andas rebelando, chamaquita? ¿No quieres irte al convento para huir de mí?

Ella no dijo nada pero el padre Mazón ya estaba en el carril que uno le conoce.

—Pues te juro que tu rebeldía no durará mucho. ¿Y sabes por qué? Porque eres sumisa. Sumisa de alma. Sumisa ante los hombres. Porque es más fuerte en ti la sumisión que la rebelión.

Félix intervino.

—Pero el cariño es más fuerte que la sumisión o la rebelión, ¿no le parece?

—Cómo no, joven. Aquí lo comprueba usted. En esta casa sólo hay amor...

Hizo una pausa y jugueteó con la taza azul y blanca de Talavera que siempre traía consigo, dizque para no olvidar su origen poblano, antes de levantar la vista lobuna.

—¿No lo has comprobado ya, muchacho?

—Creo que sí —Félix se decidió por la ironía para contrarrestar las trampas del cura.

—¿No te ha bastado?

—El cariño es cosa buena —dijo Félix—. Pero hace falta también el conocimiento.

El cura sonrió con agrura.

—Eres estudiante, ¿no es cierto?

—Estudiante y montañista, ya le dije.

—¿Crees que sabes mucho?

—Trato de aprender. Sé que sé muy poco.

—Yo conozco a Dios.

El cura se incorporó sorprendentemente.

—Yo me tuteo con Dios.

—¿Y qué le dice, Dios, señor cura? —siguió en tono simpático Félix.

—Que el Diablo entra a las casas por la puerta trasera.

—Usted me invitó a pasar por la puerta principal —contestó con dureza exigente Félix.

—Porque no sabía que irías a robarte las hostias de mi templo.

—Señor cura —Félix también se puso de pie aunque carecía de respuesta que no fuese mentira—. Hay que controlarse para hacerse respetar.

—Yo ni me controlo ni me respeto...

—Padre —se acercó Mayalde—. Acuéstese ya. Está cansado.

—Acuéstame tú, muchacha. Desvísteme y arrúllame... Demuestra que me quieres.

Lo dijo como si quisiera transformar la mirada de lobo en mirada de cordero. Félix giró un poco en torno a la silla del comedor, como si ese mueble le diese equilibrio o como si frenase, como una barrera, las ganas de estrellar la silla en la cabeza del cura.

—Señor cura, mídase por favor.

—¿Medirme? —respondió con un gruñido nasal el padre Mazón—. ¿Aquí arriba? ¿En esta soledad? ¿Aquí donde nada crece? ¿Aquí vienes a pedirme que me mida? ¿Alguien se ha medido conmigo? ¿Me entiendes? ¿Qué piensas que es el conocimiento del que te ufanas, estudiante?

—Es lo que ustedes han negado toda la vida —exclamó Félix.

—Te voy a explicar lo único que vale la pena saber —contestó el cura dejando caer los brazos—. Yo vengo de una familia en la que cada miembro dañaba de algún modo a los demás. Luego, arrepentido, cada uno se dañaba a sí mismo.

Miró al estudiante con una intensidad salvaje.

—Cada uno construía su propia cárcel. Cada uno, mi padre, mi madre, sobre todo mis hermanas, nos azotábamos en nuestras recámaras hasta sangrar. Luego, reunidos, cantábamos loas a María, la única mujer sin pecado concebida. ¿Me oyes, señor don sabio universitario? Te hablo de un misterio. Te hablo de la fe. Te digo que la fe es cierta aunque sea absurda.

El cura se tomó de la cabeza como para estabilizar un cuerpo que tendía a trotar.

—La Virgen María, la única mujer dulce, protectora y pura en medio del podrido harén de la Madre Eva. ¡La única!

Mayalde se había retirado a un rincón, como quien se protege de una borrasca que no acaba de agotarse porque sólo anuncia la que sigue. Mazón se volvió a mirarla.

—Además de mujer, india. Raza dañada durante siglos. Por eso la tengo de criada.

Miró con desprecio insultante a Félix.

—Y tú, ladrón de honras, aprende. La vida no es una chamarra.

—Tampoco es una sotana.

—¿Crees que soy un castrado? —murmuró, entre desafiante y dolido, Benito Mazón—. Pregúntale a la niña.

—No sea usted vulgar. Lo que creo es que no hay límite físico para el deseo —replicó Félix Camberos—. Sólo hay límite moral.

—¡Ah, vienes a darme clases de moral! —gritó el cura—. ¿Y mis ganas, qué?

—Contrólese, señor cura —Félix estuvo a punto de abrazar a Mazón.

—¿Crees que no me la vivo luchando contra mi propia maldad, mi bajeza sórdida? —gritó el cura, fuera de sí.

—Yo no lo acuso de nada —Félix se retiró dos pasos—. Respétese a sí mismo.

—Soy un mártir —exclamó con ojos de loco el padre.

3. Ya a solas los dos, esa misma tarde, el cura sentó en sus rodillas a la dócil y burlona Mayalde y le dijo que Dios maldice a los que a sabiendas nos llevan por el camino errado. Le acarició las rodillas.

—Piensa, hija. Te salvé de la tentación y también de la ingratitud. ¿No me dices nada?

—No, padre. No digo nada.

—Sácate de la cabeza las quimeras que te metió ese chico.

—No eran quimeras, padre. Otra cosa me metió Félix, para que se lo sepa.

El cura arrojó a la muchacha lejos de su regazo. Él no se incorporó.

—Olvidalo, nena. Él ya se fue. No te quería. No te liberó de mí.

—Se equivoca, padre. Ahora me siento libre.

—Estate sosiega.

—Usted es un hombre muy triste, padre. Apuesto que la tristeza lo persigue hasta cuando sueña.

—Qué hablantina te has puesto. ¿Te dio lecciones el prófugo?

Mayalde calló. Miró con odio al cura y se sintió manoseada. El padre no tenía a nadie más a quien humillar. ¿Qué le iba a pedir ahora? ¿La humillaría más que antes de la visita de Félix Camberos?

Quizás había una cierta finura en el alma del padre Benito Mazón. No maltrató a Mayalde. Todo lo contrario. Uno sabe que dijo cosas como que pensara bien si la vida con él la favorecía o no.

—¿Quieres bajar conmigo al pueblo? Cuando hace sol, dan ganas de salir de este encierro. Deja que te vista, deja que te arregle. Te trajeo.

—¿Para que no hable, padre?

—Eres la máxima idiota —el cura silbó entre dientes—. No conoces tu propio bienestar. Yo soy un hombre de Dios. Tú eres menos que una criada.

Comenzó a pegarle gritando ¡quimeras, quimeras!

La funda negra del cuerpo parecía una bandera del demonio mientras el padre gritaba ¡hombre de Dios, hombre de Dios! y Mayalde en el suelo no decía palabra, se protegía de los golpes, sabía que al poco rato la furia del cura se iría apagando como el aire de un fuelle viejo y roto, ¿quimeras, quimeras, qué te metió ese chico en la cabeza...?

Y al cabo, ya sin aliento, con la cabeza baja, le diría (uno lo sabe):

—Eres la máxima idiota. Nadie te quiere ver. Sólo yo. Dame las gracias. Desnúdate. ¿A nadie más le has dicho «papacito»?

Cuando apenas dos años después Mayalde bajó de la montaña a avisarle a uno que el padre Benito había muerto accidentalmente cayéndose a un precipicio, a uno no le sorprendió que las facciones y la actitud de la muchacha de dieciocho años hubieran cambiado tanto. A uno le consta que el sacerdote la tenía prisionera después del incidente con el estudiante Félix Camberos. La joven mujer que ahora se acercaba a uno se veía más fuerte, entera, probada, capaz de cualquier cosa. Todo menos una prisionera.

—¿Qué le pasó al señor cura?

—Nada. Un resbalón. Dio un mal paso.

—¿Dónde quieres enterrarlo?

—Allá arriba. En la ceniza. Junto a donde enterraron a Félix Camberos.

Allí están los dos juntos, lado a lado, en una caída abrupta de la montaña que parece empujada hacia el cielo. Desde ese punto se puede ver muy lejos a la ciudad generalmente oculta por la masa volcánica. La ciudad es extensa pero desde aquí apenas se le adivina. Uno puede imaginarla como una conflagración. Aunque en medio de la hoguera, hay un remanso de paz. La contienda urbana se concentra en sí misma y lo olvida a uno si uno se acoge a un rincón apartado, una isla en la multitud.

Descendimos un día, ella y yo, de las faldas del volcán a la gran ciudad que nos esperaba sin rumores, maledicencias, sospechas. Recuerdos, empero, sí.

Ella no podía olvidar y me contagié la memoria.

Desde que me casé con ella al morir el cura, decidí llevármela lejos del pueblecito de la montaña. Dejé de hablar enmascarado por ese «uno» que me mantenía lejos del deseo de hacerla mía. Me convertí en un «yo» empeñado en demostrarle que los usos de la vida no son pecados de los que hay que huir refugiándose en la montaña, que el falso santo se complace humillándose para luego infligirnos su soberbia, que la humildad esconde a veces un gran orgullo y que la fe, la esperanza y la caridad no son cosa del otro mundo. Deben ser realidades de este mundo nuestro.

Por estas cosas, le dije, luchaba Félix Camberos.

No sé muy bien si la bella Mayalde se resignó a abandonar las tumbas vecinas del padre Benito y de Félix el estudiante. Había un sentimiento de culpa fugitiva en su mirada que yo intenté aplacar con mi amor.

Al cabo sólo quedaron estas palabras de mi mujer, dichas años después:

—Todo aquello ocurrió en el funesto año de 1968.

La línea de la vida

Una noche de marzo, en 1913, el aire sabía a polvo y la luna cicatrizaba el valle, cuando Enrique Cepeda, Gobernador del Distrito Federal, llegó a la cárcel de Belén. De los automóviles bajaron treinta hombres armados, limpiándose la nariz con la manga, encendiendo los pequeños cigarrillos deshebrados, lustrando los botines de cuero contra los muslos. El calvo Islas le gritó a la guardia de la prisión: ¡Aquí está el Gobernador del Distrito!, y Cepeda llegó contoneándose ante el primer oficial y eructó:

—Aquí está el Gobernador del Distrito...

Gabriel Hernández dormía en una bartolina. Sus ojos de aceite, su máscara de obsidiana se quebraron con el puntapié de una bota negra:

—Ándele, vístase... —Hernández irguió su pequeño cuerpo mongólico, y por el rabo del ojo distinguió a la escolta apostada fuera de la celda.

—¡Al patio! —dio la orden el subalcalde.

Aire morado, muros grises de Belén. El gran muro acribillado, con sus florones de pólvora. Cepeda, Islas, Casa Eguía, se ofrecían cigarrillos unos a otros, se carcajeaban en complicidad, mientras la escolta, con el general Hernández en el centro, avanzaba hacia el paredón.

—Si tuviera un arma no me asesinarían.

La mano gorda de Cepeda cruzó el rostro de Hernández.

Cinco tiradores hirieron el cuerpo, entre los ecos de risa del Gobernador. Con el último tiro, cesaron las carcajadas. Cepeda frotó la mano sobre la tierra:

—Hagan una pira, aquí mismo... —y se apoyó contra el muro.

Mientras el fuego consumía el cadáver de Hernández y el olor de carne tostada ennegrecía las facciones de Cepeda, Gervasio Pola y tres prisioneros más escapaban de Belén, escondidos en el carro recolector de basura.

Durante el recorrido de Belén al depósito de desperdicios, Pola pensó que así se debían sentir los muertos, con ganas de gritar y decirles a los enterradores que en realidad estaban vivos, que no acababan de morir, que sólo los sofocaba una pestilencia muda, una rigidez transitoria, que no les clavarán el féretro, que no les echarán la tierra encima. Los cuatro hombres, boca abajo, sepultados por el cúmulo de basura, concentraban todo su terror en el acto de respirar. Sobre el suelo del coche, entre las planchas de madera, pegaban la nariz a los resquicios, aspirando la

tierra suelta de las calles. Uno de los evadidos confundía su ronco jadeo con sollozos; Pola hubiera querido robarle ese aire desperdiciado. Los pulmones se le congestionaban de hierbas podridas y excrementos cuando el coche se detuvo. Gervasio Pola codeó a su compañero próximo, y todos esperaron el momento en que se abrieran las puertas, entrara la noche a alumbrar de viento el estrecho sudario, y las palas de los basureros empezaran a pulverizar de inmundicia el potrero.

Estaban en el llano, por el rumbo de San Bartolo. Los dos basureros no habían ofrecido resistencia; yacían amarrados a las ruedas del carro. Los montículos de basura gris, blanda, coronados de moscas, se extendían desde el camino hasta el pie del cerro más cercano. El desaliento invadió a Gervasio Pola cuando pudo distinguir las caras embarradas, los cuerpos mojados, de sus tres compañeros.

—De aquí a mañana tenemos que ganar el primer campamento zapatista —dijo uno.

Pola se quedó mirándole los pies descalzos. Luego, con la vista baja, recorrió las piernas desnudas y enclenques del segundo, los tobillos heridos de grillete, supurantes, del tercero. La luna les patinaba en las uñas, como joyas de tierra. El viento de la serranía empezó a desbaratar los montones de basura. Tenían que decidirse a la caminata —la fuga se fabricaría de roca y espina.

Gervasio la inició, rumbo al cerro. En fila india, como por costumbre, lo seguían los otros. Aquí, en el llano, las piernas se hundían en el lodo de hierba; allá, a partir de la pendiente, la carne comenzaría a rasgarse más, a punzar la sangre las dagas del bosque. Gervasio, al pie de la sierra, aflojó los muslos. El viento seco rechinaba entre el huizache.

—No hay más remedio que separarse —murmuró sin levantar la vista—. Aquí salimos juntos hasta antes de Tres Marías. Allí Pedro y yo nos desviamos por el rumbo fácil, pero por donde hay que esquivar la caseta de los federales. Tú que conoces mejor el rumbo de Morelos te vas con Sindulfo y tomas la desviación de la izquierda. Si antes de la noche no hemos encontrado el campamento, volvemos a separarnos, ahora cada cual solo, y nos escondemos hasta la madrugada, o esperamos a que pase un destacamento de Zapata para unirnosle. Y si no resulta, hasta vernos en Belén.

—Pero es que aquí Sindulfo no va a aguantar con la pata amolada —dijo Froilán Reyero—. Y el camino de la izquierda es el más difícil. Mejor que Sindulfo se vaya contigo, Gervasio, y Pedro conmigo.

—Mejor es andar juntos, por lo que pase —interrumpió Sindulfo, el del tobillo supurante.

Pola levantó la cara:

—Ya oyeron lo que dije. Por lo menos que uno salve el pellejo. Más vale que uno viva solo y no que los cuatro mueran juntos. Se sigue el proyecto original.

Entonces les azotó el pecho el frío que anuncia el fin de la redonda medianoche y el principio de la madrugada de terrones de hora, y Gervasio tomó la vereda que iba

trenzando el escarpado cerro de cigarras.

A veces, la inmensidad no empequeñece. Gervasio sintió que, con su banda, formaba una falange de heroicidad, y que los pies arrastrados por las veredas del monte llegarían a sonar como tropel, como cascos de metal, hasta superar la grandeza de la sierra y hacerla esclava de su marcha. El sol naciente desparramaba los pinos mientras los cuatro hombres ascendían. Pola quiso mirar el valle seco; lo circundaba la lejanía. Los hombres no hablaban; el ascenso era lento.

Mira, Froilán, quién te iba a decir que aquí en la sierra ibas a sentirte más preso que en la cárcel, más solo. ¿Qué me quebraron allá? Ahora recuerdo la noche en que escuché los primeros aullidos. Tantas primeras noches, primeras madrugadas. Todas iguales, todas nuevas. Primera noche de aullidos. Primera madrugada de tambores y descargas en el patio. Sólo me llegaban los ruidos, uniformes. Pero sabía que cada uno era distinto. Todo igual, siempre diferente. Yo nunca el primero, nunca el siguiente, nunca el próximo. Nunca la hora de levantarse y decirles que estaba listo, que yo no tenía miedo, que no hacía falta vendarme la vista. Siempre esperándola. Ya quería que me chamuscaran, para demostrarles quién era yo. Nunca me dejaron. Otros murieron llorando y pataleando, y pidiendo clemencia. No sabían que yo estaba allí, en la solitaria, esperando la hora de escupirles su clemencia en la cara. Cada uno que fue al paredón me dejó esperando, con ganas de ir en su lugar con la cara en alto, y de regresar a mi celda. Les regalo la muerte; yo podría haber sustituido a cada uno en la marcha de la bartolina al patio. Eso nunca me lo permitieron. Me quebraron.

Pedro se rajó la planta del pie con un vidrio y apretó los labios.

Que se me raje todo. Que se me quede la sangre hecha polvo en el cerro. Pero que no me dejen solo. Juntos aguantamos. Juntos nos pescaron y nos volverán a pescar. Acabarán por fusilarnos a los cuatro juntos. Pero no me van a dejar solo en el cerro.

Y Sindulfo no pensaba, sólo alargaba los brazos tratando de tocarse los tobillos sin dejar de caminar.

Se detuvieron al mediodía, acercándose ya a las cumbres más altas, donde debían separarse. Pero aún no entraban en la neblina; se sentaron a la sombra de un pino.

—No hay agua por aquí para lavarle a Sindulfo las heridas —dijo Froilán Reyero.

—No piensen en agua... —exclamó cabizbajo Sindulfo.

—No piensen en comida... —dijo riéndose Gervasio.

Pedro murmuró:

—Comida...

—No piensen en comida —apretó los dientes Gervasio.

—Ya vamos a llegar a Tres Marías.

—Sí. Ahí empieza la desbandada.

—A mí me quebraron, Gervasio. A mí me quebraron.

—Tú conoces mejor que nadie los rumbos de Morelos; no te quejes. El que las va a pasar duras soy yo...

—Hace falta alguien que las pase duras para que salgamos los cuatro —Froilán se mascaba el bigote lacio.

—Con uno que se salve... —dijo, con la mirada dura en las piedras, Gervasio.

—Allá en el pueblo un viejo quiso morir solo; dicen que siempre lo había querido. Se figuraba a la muerte desde hacía mucho; no lo iba a coger de sorpresa. Y cuando sintió que se le acercaba, mandó correr a todos los de la casa para recibirla sin compañía, como para gozar solo lo que tanto había esperado. Y en la noche cuando ya le andaba rondando, y la voz se le caía como caliche, salió arrastrándose hasta la puerta con los ojos pelados, queriendo contarles a los demás cómo era la muerte. Esto yo lo vi, porque me había metido a su huerto a robarle las naranjas. Me agradeció que lo viera morir, con las cejas pegadas a la tierra.

Pedro calló.

—Hace falta a quien contarle las cosas... antes, un minuto antes.

—Se las cuentas a un federal.

—No te dan tiempo. Te encuentran solo y ahí se acabó. Te encuentran acompañado y entonces cruzas la mirada con el amigo antes de caer.

—Hace falta quien te perdone —dijo Pedro.

Y Gervasio pensó que perdonaban los buitres, que perdonaba la tierra cuando se convertía en único corazón de los despojos, que hasta el gusano nos perdonaba la porquería al cumplir su banquete. De pie bajo un pino, alargó la mano hacia el valle: percibió en ese instante que, lejos de las heridas de sus compañeros, lejos de la imagen encadenada de la tierra triste, pulmón de polvo, o más allá de su fondo acuoso secado por los penachos sangrientos y el rumor de sacrificios inconscientes, o más arriba del piélagos de montes labrados por la sequía y la tala —en la otra orilla del mundo indiferenciado, masivo, de México— cabía la salvación de un hombre como él, teñido de basura y fatiga, ausente de la memoria de los demás hombres mexicanos, pero fiel, sólo fiel a ellos cuando era fiel a sí mismo. Salvarme hoy, a mí, a mi piel, para salvar mañana a los demás. Ellos quieren que muera con ellos; esta muerte impersonal, de todos, sería reconfortante para mis hombres. Creen que cumplo con mi deber sucumbiendo con ellos. Incluso prefieren que yo muera antes y alivie su muerte. Estoy dispuesto a salvarlos, si se dejan salvar. Pero sólo salvándome puedo salvarlos hoy a ellos y mañana a otros.

—Ya vieron desde la torre —iba diciendo Froilán—. Era el general Hernández, ese que fusilaron y echaron al fuego. Se lo llevaron solito. Es lo que nos espera si nos vuelven a agarrar. Más vale aquí en la sierra, los cuatro juntos.

—Yo no quiero morir solo en el monte, o rodeado de enemigos, en la cárcel —sollozó entonces Sindulfo.

Pola se regresó y con una rama seca azotó las espaldas de Sindulfo; la luz del valle amortiguaba la cólera en los ojos:

—¡Pendejo! ¿Para qué tienes que hablar? ¿No te das cuenta de que bastante hemos hecho cargándote con todo y tu maldita pata tullida? ¿Para qué tienes que

venir a lloriquear, a destrozarnos? ¡Ándale!

—Ya, ya, jefecito... no más.

—No le pegues más, Gervasio —Froilán le detuvo el brazo, mientras leves espirales de humo comenzaban a surgir del bosque, impulsando un olor a hojas quemadas y a pino seco.

—Bueno, vámonos. Ya están cocinando en los campamentos: miren el humo. Cada columna de ésas puede indicar un amigo, un enemigo. Pero el que tenga hambre nada más, que se vaya derecho a cualquiera...

Cerca de Tres Marías se separaron. Froilán sosteniendo a Sindulfo, abrazándolo de la cintura. Y Gervasio con Pedro detrás, cabizbajo y frotándose los brazos para combatir la niebla helada de la montaña.

La tierra se sentía fría y amortajada bajo los pies de Gervasio y Pedro; su rostro húmedo, de roca y abetos, se hinchaba a cada paso, ascendiente y lívido. Había que salvar la caseta federal, de soldados ateridos y chozas con olor a frijoles refritos, que se interponía entre ellos y el primer campamento zapatista. Al atardecer, Pedro se agarró a dos manos el estómago y cayó de rodillas. Luego empezó a vomitar. Sombras de crepúsculo se alargaban en la maraña sombría del bosque, y Pedro, con la vista y la boca convulsivas, pedía en silencio un descanso, un momento de respiro.

—Ya va a caer la noche, Pedro. Tenemos que seguir juntos un trecho, luego nos separamos. Ándale, levántate.

—Como el general Hernández, así, dijo Froilán. Primero, fusilado; luego, quemado. Eso es lo que nos espera, Gervasio. Más vale quedarse aquí, en el monte, y morir solos, con Dios. ¿Adónde vamos? Dime, Gervasio, ¿adónde vamos?

—No hables más. Dame la mano y ponte de pie.

—Sí, tú eres el jefe, el fuerte, tú sabes que hay que caminar y caminar. Lo que no sabes es adónde. ¿A unirnos con Zapata? ¿Y luego, qué?

—Estamos en una lucha, Pedro. No hay que pensar ahora, hay que luchar.

—Luchar sin darse cuenta, como si uno no tuviera recuerdos y presentimientos. ¿Qué crees que va a salir de todo esto? ¿Crees que importa algo que yo y tú luchemos? Ahorita que estamos solos aquí, medio perdidos en un bosque, y yo con la fiebre que se me viene encima, ponte a pensar. ¿Qué podemos, tú y yo, solos aquí? ¿Qué importa lo que hagamos o digamos? ¿No se resolverá todo por su cuenta? ¿No es el nuestro un sacrificio más, en balde? Vámonos, Gervasio, lejos de aquí, lejos de la bola. Que pase el viento sobre nuestras cabezas. Nada va a cambiar.

—¿Qué propones?

—Vamos a Cuautla a ver quién consigue ropa, o dinero... Y luego cada quien para su tierra.

—Te buscarán, te encontrarán, Pedro. Ya no puedes salirte de esto. Tú no quieres que te arrastren. Yo sólo puedo dejarme arrastrar. Ni remedio. Además, ya no hay tierra que valga. Ya no habrá escondrijos en México. Nos va a tocar a todos por igual.

—¿Y después?

—Cada quien a su lugar, después. Al que le corresponda.

—¿Lo mismo que antes?

—No preguntes. No hay que andarse haciendo preguntas cuando te metes a la revolución. Tenemos que cumplir. Es todo.

—¿Quién va a ganar, en serio? ¿Nunca te has puesto a pensar?

—No sabemos quién va a ganar. Todo gana, Pedro. Todo está vivo. Gana lo que sobrevive. Aquí todo sobrevive. Ándale, de pie.

—Ya me volvió la fiebre, Gervasio. Como si los murciélagos hubieran nacido en mi estómago.

—Vamos. Ya va a caer la noche.

Pedro se puso de rodillas:

—Hay que dormir aquí. No puedo más.

Cuando el aire se llenó de chicharras y comenzó a soplar por las laderas frías, Pedro se frotaba los brazos y sus dientes rechinaban. La noche súbita del espacio los rodeó.

—No me dejes, Gervasio, no me dejes... Sólo tú puedes llevarme adonde hay que ir... No me dejes, por tu mamacita...

Pedro alargó el brazo y arañó la tierra:

—Pégate, por favor, que tengo frío... Nos calentaremos los dos.

Trató de alargarlo más y rodó, besando el polvo:

—Gervasio, háblame; háblame, no sea que aquí me entierres...

Quiso mirarse las manos, para darse cuenta de que vivía; una tiniebla espesa cubría el monte. Con los ojos redondos recorrió el bosque negro y gritó:

—Hay mucha tierra para el poco polvo que dejo; arrástrame lejos de aquí, Gervasio; vámonos de vuelta a la prisión. Le tengo miedo a este monte pelón de almas; tengo miedo de andar suelto, sin grilletes... Que me los pongan, pronto, Gervasio, ¡Gervasio!...

Pedro apretó los puños en torno a los tobillos, y, por un minuto, volvió a sentirse libre prisionero. Prisionero de hombres quiero ser, no prisionero del frío y el dolor y la noche. Que me pongan los grilletes, mamacita, para no andar rodando. Quiero quedar sujeto. Nací sujeto. Ahí está la pena.

—¡Gervasio! No me dejes solo, por tu mamacita... Tú eres el jefe; llévame..., Gervasio.

El monólogo de Pedro silbaba entre las peñas. Gervasio Pola ya corría monte abajo, hacia la fogata amarilla del valle de Morelos.

El general Inés Llanos se limpió los dedos en el ombligo y tomó asiento junto al vivac. Los sombrerones ocre de la tropa brillaban, con los ojos indios, a sus espaldas, en la noche.

—Sírvasen bien, no tenga pena. Éntrele. ¿Así que usted se les escapó de Belén?

—Sí, mi general. Yo solo me escapé y crucé el monte en un día —repuso, soplando el aliento entre las palmas heladas, Gervasio Pola—. Me salvé solito. Y ahora estoy a sus órdenes para unirme al general Zapata y seguir la lucha contra el usurpador.

—Ah qué atrasado y tarugo será usted —carcajeó el general Llanos mientras tomaba otra tortilla del brasero—. ¿A poco usted no lee? ¿Qué dice el verdadero Plan de Ayala? Ahí se pone verde a Madero por su falta de entereza y debilidad suma, dice el escrito. ¿Y quién lo tiró? Pues mi general Victoriano Huerta, qu'es ahora nuestro jefe...

—¿Y Zapata?

—Qué Zapata ni qué Zapata. Aquí está usted frente a Inés Llanos, su servidor, fiel a las fuerzas del gobierno legítimo, y mañana está usted de regreso en Belén. Ahora prepárese su taquito, que el viaje es largo y abochorna.

Gervasio Pola volvió a penetrar los muros grises de Belén. La tierra achicharrada del patio señalaba el sitio de la incineración de Hernández. Pola pasó pisando las cenizas, y ahí empezaron a temblarle las piernas. En la solitaria quería dormir; los párpados le pesaban, cuando entraron dos oficiales.

El capitán Zamacona, rubio y esbelto, con los bigotes cuidadosamente encerados, le dijo:

—No hay necesidad de avisarle que va usted derecho al paredón —miraba continuamente el techo—: Pero antes va a decirnos por qué rumbo tomaron los prisioneros evadidos Pedro Ríos, Froilán Reyero y Sindulfo Mazotl.

—Si al final los han de agarrar..., qué más da.

—Da que queremos matarlos a los cuatro juntos, como ejemplo y escarmiento. Decídase, o mañana mismo pasa usted solo frente al pelotón.

La puerta de la celda se cerró con un estruendo acerado, y luego Gervasio escuchó el taconeo sobre las losas de piedra de la larga galería de Belén. Un viento clausurado se arremolinaba entre los barrotes. Gervasio se tiró al suelo.

Mañana paso solo frente al pelotón; mañana, siempre una calavera anda escondida en la esquina de mañana... Ya las piernas empezaron a temblarme, cuando pasé encima de las cenizas de Gabriel Hernández; vamos a ser un puente de cenizas para las botas de los ajusticiados; luego pasa Pedro sobre mis cenizas, y Sindulfo sobre las de Pedro, y Froilán sobre las de Sindulfo. Sin que nos toque decirnos adiós más que con las botas. Solo frente al pelotón; ahí voy por la galería en la hora débil y pequeña, tratando de olvidar lo que sabía y de recordar lo que he olvidado... ¿Va a haber tiempo para el arrepentimiento? Ni que me regalaran la vida de nuevo para arrepentirme de cada cosa; pero ¡ay venganza que te tomas, muerte calaca, por andar uno creyendo que eres distinta de la vida! Tú eres todo, la vida te invade, te hiere. La vida no es más que una excepción de la muerte. Ahí vamos dando tumbos, que dizque vamos a ser héroes, para acabar pensando, ¿qué se siente cuando una bala de plomo,

y luego otra, y otra más, se te clavan en la barriga y en el pecho, qué carajos se siente? ¿Vas a darte cuenta de tu propia sangre regada, de los ojos que dicen se te paran como cebollas? ¿Vas a saber cuándo se acerca otro hombre a darte el tiro de gracia, en la mera nuca, y tú ya no puedes hablar y pedir piedad? Ya la agotamos, la piedad, Diosito santo, ya la agotamos nosotros, ¿cómo vamos a pedírtela a ti? Tengo miedo, Diosito santo, tengo puro miedo..., y tú no vas a morir conmigo; ¡no quiero hablarle de mi muerte a los que no van a morir conmigo! Quiero contársela a mis camaradas, para que callemos juntos y muramos juntos, juntos, juntos. Se dejan cosas, cosas sin hacer... eso es la muerte...

De pie, Gervasio le gritó al guardia:

—¡Que venga el capitancito ese...!

(Pedro se quedó en el monte a la derecha de Tres Marías, apenas pasada la caseta federal. Tenía fiebre. Ahí debe estar todavía. Froilán y Sindulfo se fueron por la parte difícil a la izquierda. El terreno es duro, y Sindulfo anda tullido; no deben haber avanzado mucho. Y tampoco habíamos comido en mucho tiempo, y con ese frío...)

La madrugada de un domingo, antes de que las campanas parroquiales comenzaran a tañer, Gervasio caminó amodorrado por la galería hueca de Belén. Se palpaba los hombros, la cara, el estómago, los testículos: tenían más derecho a vivir que él, y era eso lo que moría. Traía los ojos cegados de carne. Luego quiso recordar todo, recorrer toda su vida; el recuerdo se le fijó en un ave mojando sus alas en un río de Tierra Caliente. Quería brincar a otras cosas, a las mujeres, a los padres, a su esposa, al hijo que desconocía, y sólo veía al ave mojada. El pelotón se detuvo y de otra celda salieron Froilán, Pedro y Sindulfo. No les vio las caras, pero sabía que eran ellos, porque en seguida dejó de recordar y se dio cuenta de que marchaban a la cabeza de los condenados. Iban a morir los cuatro juntos. La madrugada le bañó el rostro. Pensó lo mismo que en la sierra; se sintió grande. Marcharon hasta el paredón y dieron media vuelta, para enfrentarse a los fusiles.

—Nos salvamos juntos —murmuró Gervasio Pola a sus compañeros.

—Ah qué la muerte más cabrona —suspiró, a su lado, Sindulfo—. Nomás sirve para alejarnos un poquito.

—Para caer juntos —dijo Gervasio llenando de aire los pulmones—. Dame la mano. Diles a los demás que se la den.

Entonces vio los ojos de sus compañeros, y sintió que por ellos se aparecía primero la muerte, y cerró los suyos para que la vida no se le fuera antes de tiempo.

—¡Viva Madero! —gritó Froilán en el instante de la descarga.

El ave cayó despedazada en el río de Tierra Caliente, y el capitán se acercó a dar el tiro de gracia a los cuatro hombres que se retorcían en el polvo de Belén.

—A ver si aprenden ya a matarlos con la pura descarga —le dijo al pelotón; y se fue mirándose las líneas de la mano.